

CRISTIANDAD

AÑO XLI
NUMERO 643
BARCELONA
OCTUBRE 1984

REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



SUMARIO

VIAJE APOSTÓLICO DE JUAN PABLO II A ZARAGOZA, SANTO DOMINGO Y SAN JUAN DE PUERTO RICO

- Saludo al pueblo español.
- Plegaria en la Basílica del Pilar.
- Alocución a los familiares de misioneros.
- Homilía en la Avenida de los Pirineos.
- Discurso a los Obispos del CELAM.

CENTENARIO DE LA CORONACIÓN DE SANTA MARÍA DEL LLUCH

Narciso Torres Riera

LA «HISTORIA DE OTRA ALMA»

Nicolás Echave

BEATO DOMINGO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Ignacio M.º Azcoaga

FUNDAMENTOS DE LA TEOLOGÍA DEL SAGRADO CORAZÓN (y II)

Philippe Jobert

LA MÍSTICA COMO POEMA

Francisco Salvá Miquel

ADMINISTRACION:
Lauria, 19, 2.º, 1.º - 08010 Barcelona
Teléfono 317 47 33

DIRECTOR:
Fernando Serrano Mías

VIAJE APOSTOLICO DE JUAN PABLO II A ZARAGOZA, SANTO DOMINGO Y SAN JUAN DE PUERTO RICO ESPAÑA: «SÉ TÚ MISMA»

(Juan Pablo II en el Aeropuerto de Zaragoza)



Llego por segunda vez a tierra española y siento dentro de mí las mismas emociones que experimenté al comenzar mi anterior visita, hace casi dos años.

Mi presencia aquí quiere significar estima profunda, admiración y confianza en las cualidades de vuestro pueblo y de las gentes que lo integran. Las de la Península y de las islas, de las ciudades y de los pueblos, de la capital de la nación y de las diversas autonomías. A todos envío desde ahora mi cordial recuerdo y saludo.

Durante mi precedente visita a esta ciudad de Zaragoza me referí a una cita inminente, a la que la glesia no podía faltar: la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento y de la Evangelización de América. Precisamente el comienzo de la preparación espiritual de dicho acontecimiento hace que esté encaminando mis pasos hacia la República Dominicana, donde se inició la evangelización del Nuevo Mundo.

Siendo éste el motivo de mi viaje, era un deber histórico, además de un impulso natural del corazón que me detuviera antes en tierra española. Porque fue España la que abrió la comunicación entre Occidente y el continente americano y la que en gran parte llevó al mismo la luz de la fe en Cristo, junto con Portugal, al que también desde aquí envío mi cordial saludo. En efecto, de Palos de la Frontera partieron las primeras carabelas, de vuestros lares salieron los primeros evangelizadores, a los que tantos otros han seguido hasta nuestros días. Desde los primeros momentos fueron gentes de España entera.

He venido por ello a esta ciudad, a postrarme ante la Virgen del Pilar, Patrona de la Hispanidad, para dar gracias a Dios por esa gesta y por la contribución esencial de los hombres y mujeres de España en una sin par obra de evangelización.

Después de dar gracias a Dios y a España, siento el deber de agradecer la presencia y las nobilísimas palabras de acogida pronunciadas por Su Majestad el Rey don Juan Carlos. Él y la Reina doña Sofía han tenido la gentileza de venir a darme la bienvenida a la Patria cuya suprema representación ostentan y a la que solícitamente sirven desde la Corona.

Mi cordial gratitud también al señor presidente del Gobierno, a los representantes del pueblo, a las autoridades civiles y militares que amablemente y expresando el sentir de los españoles han venido a recibir al Papa.

Un saludo particular y agradecido a las autoridades aragonesas, de manera especial a los miembros de la corporación municipal de Zaragoza y a todos los zaragozanos, por su disponibilidad y colaboración. Y un fraterno abrazo de paz a cada uno de los hermanos obispos españoles, unidos a mí en la acción de gracias que he manifestado y que comparten conmigo la solicitud por todas las Iglesias.

Hace dos años me despedía de vosotros con un *¡Hasta siempre, España!* Hoy, al visitaros de nuevo, se hace cercanía aquel saludo, en el que está presente —como entonces— la realidad total de vuestra Patria.

Siento, a través de quienes habéis venido a recibirme con tanta cordialidad, el eco multitudinario del pueblo cristiano español, al que encontré en tantos momentos de mi anterior visita. Él mostró su espontáneo sentimiento ante el mensaje religioso y moral de una humilde persona, pero que es por designio divino el sucesor de San Pedro. Por esa cercanía al pastor de la Iglesia universal y a lo que él encarna —una característica histórica de los católicos españoles— no puedo sino expresar vivo reconocimiento.

Todo cristiano —e incluso todo hombre de buena voluntad— sabe que la fe y la adhesión a la cátedra de Pedro no interfieren con las legítimas opciones temporales que Dios y la Iglesia dejan a la responsable libertad de cada hombre. Todos, por ello, pueden encontrarse, respetarse y colaborar en torno a las exigencias fundamentales de un mensaje que —como dije a las autoridades españolas— «habla de amor entre los hombres, de respeto a su dignidad y a los valores fundamentales de paz, de concordia, de libertad, de convivencia» (Madrid, 2 noviembre 1982).

La Iglesia respeta la justa autonomía de las realidades temporales con una opción que es profunda y decidida. Sin embargo, no rechaza la sana

colaboración que favorezca el bien del hombre, que es a la vez ciudadano y fiel. Ella pide que se respete su libertad en el ejercicio de su tarea, dirigida al servicio de Dios y a la formación de las conciencias, y pide respeto hacia las diversas manifestaciones, personales y sociales, de la libertad religiosa de sus fieles. Ella, por otra parte, está convencida de que la actuación práctica de los principios morales —que son cristianos y humanos a la vez— proporciona una base sólida para la ordenada convivencia, la solidaridad comunitaria, la armonización jurídica de los mutuos derechos y deberes en el campo personal, familiar, escolar, laboral y cívico. Porque el cristiano que sabe vivir en coherencia su fe no podrá menos de ser creador de justicia, promotor de cultura y elevación de las personas.

El hecho que nos congrega, el centenario del descubrimiento y la evangelización de América, tuvo una enorme trascendencia para la humanidad y para España. Para ésta constituye una parte esencial de su proyección universalista. Allí se inició una gran comunidad histórica entre naciones de profunda afinidad humana y espiritual, cuyos hijos rezan a Dios en español, y en esa lengua han expresado en gran parte su propia cultura.

Sería imposible y deformante presentar una historia verídica de esa gesta española haciendo abstracción de la Iglesia y de su labor. Más aún: me pregunto, con tantos de vuestros pensadores, si sería posible hacer una historia objetiva de España sin entender el carácter ideal y religioso de su pueblo o la presencia de la Iglesia.

Por todo esto, con mirada cultural que *es un respetuoso homenaje* a su solera histórica; con acento de voz amiga que invita a *superar lagunas sin negar esencias*, quiero referir a España el grito que desde Compostela dirigí a Europa: «Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes» (discurso del 9 de noviembre 1982). Así encontrarás tu historia vertebrada. Podrás superarla con la debida apertura hacia metas más altas. Podrás avanzar hacia los desafíos del futuro con savia vital, con creatividad renovada, sin rupturas ni fricciones en los espíritus.

A la Virgen del Pilar, Patrona de la Hispanidad, confío estas intenciones, España, sus pueblos y cada uno de sus hijos.

Que su protección maternal alcance toda suerte de bendiciones divinas sobre esta querida tierra, sobre sus Reyes y familia, sus pastores, autoridades y todas sus gentes.

PLEGARIA DEL SANTO PADRE EN LA BASILICA DEL PILAR

«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dios misericordioso y eterno: Mira a tu Iglesia peregrina, que se dispone a celebrar el V centenario de la Evangelización de América.

Tú conoces los caminos que siguieron los primeros apóstoles de esa evangelización. Desde la isla de Guanahaní hasta las selvas del Amazonas.

Gracias a las semillas de la fe que sembraron, el número de tus hijos ha crecido ampliamente en la Iglesia, y santos tan insig-nes como Toribio de Mogrovejo, Pedro Claver, Francisco Solano, Martín de Porres, Rosa de Lima, Juan Macías y tantas otras personas desconocidas que vivieron con heroísmo su vocación cristiana han florecido y florecen en el continente americano.

Acoge nuestra alabanza y gratitud por tantos hijos de España —hombres y mujeres—

que dejándolo todo han decidido dedicarse por entero a la causa del Evangelio.

Sus padres, algunos aquí presentes, pidieron para ellos la gracia del bautismo, los educaron en la fe y tú les concediste el don inestimable de la vocación misionera. Gracias, Padre de bondad.

Santifica a tu Iglesia para que sea siempre evangelizadora. Confirma en el espíritu de tus apóstoles a todos aquellos, obispos, presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas, catequistas y seglares, que dedican su vida, en tu Iglesia, a la causa de nuestro Señor Jesucristo. Tú los llamastes a tu servicio, hazlos, ahora, perfectos cooperadores de tu salvación.

Haz que las familias cristianas eduquen intensamente a sus hijos en la fe de la Iglesia y en el amor del Evangelio, para que sean semillero de vocaciones apostólicas.

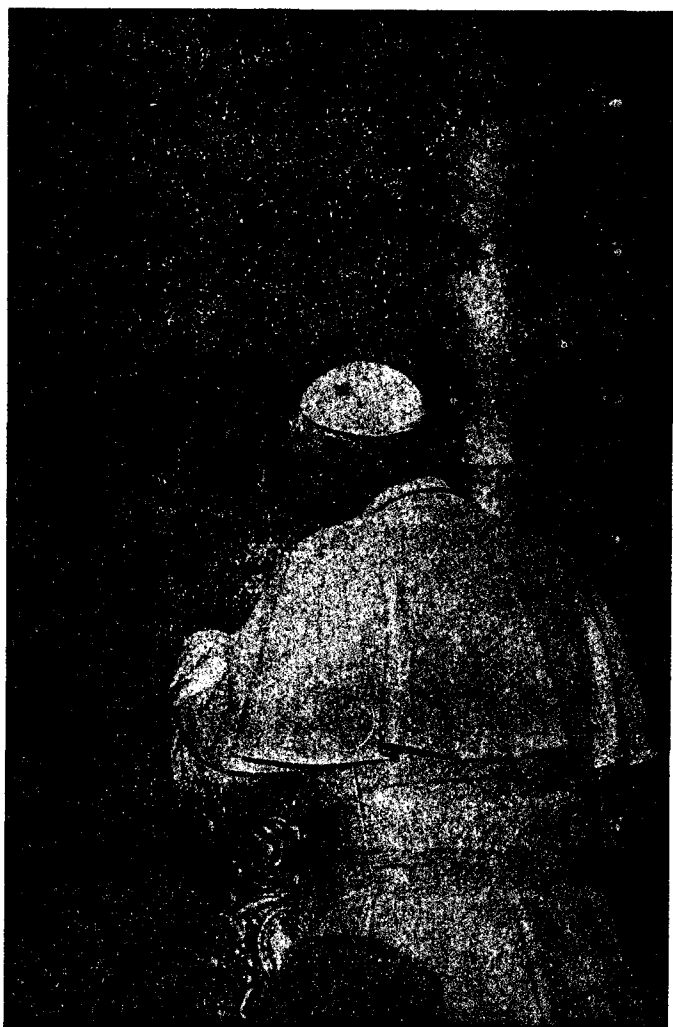
Vuelve, Padre, también hoy tu mirada sobre los jóvenes y llámalos a caminar en pos de Jesucristo, tu Hijo. Concédeles prontitud en la respuesta y perseverancia en el seguimiento. Dales a todos valor y fuerza para aceptar los riesgos de una entrega total y definitiva.

Protege, Padre todopoderoso, a España y a los pueblos del continente americano.

Mira propicio la angustia de cuantos padecen hambre, soledad o ignorancia.

Haznos reconocer en ellos a tus predilectos y danos la fuerza de tu amor para ayudarlos en sus necesidades.

Virgen Santa del Pilar: desde este lugar sagrado, alienta a los mensajeros del Evangelio, conforta a sus familiares y acompaña maternalmente nuestro camino hacia el Padre, con Cristo, en el Espíritu Santo. Amén.»



ALOCUCIÓN DE JUAN PABLO II A LOS FAMILIARES
DE LOS MISIONEROS EN HISPANOAMÉRICA

¡Familias españolas: Seguid cultivando el espíritu misionero!

Queridos padres, madres y hermanos de los misioneros y misioneras que trabajan en Hispanoamérica.

Es para mí motivo de gran alegría tener con vosotros este encuentro personal, aquí a los pies de la Santísima Virgen del Pilar.

Hemos orado juntos por vuestros hijos, hermanos o familiares que, siguiendo la llamada del Señor, han dejado su tierra natal para ir a sembrar la semilla del Evangelio en el continente americano. Pasado mañana inauguraré en la República Dominicana los actos de preparación del V Centenario de la evangelización de América.

Como Pastor de la Iglesia universal, deseo agradecer profundamente la generosidad ininterrumpida con la que, desde hace casi cinco siglos, tantas familias han entregado a sus hijos e hijas para que llevaran la luz de Cristo a los pueblos del Nuevo Mundo.

«¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregonan la salvación!» —leemos en el profeta Isaías (Is 52,7)—. Vuestros hijos, hijas u hermanos, queridos padres y familiares de misioneros, son esos mensajeros de paz, de amor, de salvación de los que habla el profeta.

¡Gracias, pues, en nombre de la Iglesia! ¡Gracias a aquellas familias españolas que en los

cuarenta primeros años después de descubrirse el Nuevo Mundo enviaron allí cerca de 3.000 religiosos y unos 400 clérigos! ¡Gracias porque, en estos cinco siglos, más de 200.000 misioneros españoles han marchado a servir a la Iglesia en Hispanoamérica!

Continuad sosteniendo con vuestras oraciones, vuestro apoyo y afecto a los servidores del Evangelio que testimonian el amor de Cristo sirviendo a sus hermanos. ¡Familias españolas: estad contentas y orgullosas de ello! Y seguid cultivando el espíritu misionero.

A vosotros, jóvenes, ante la Patrona de la Hispanidad, os digo como en Javier: «Jóvenes, Cristo necesita de vosotros y os llama para ayudar a millones de hermanos vuestros a ser plenamente hombres y a salvarse... Abrid vuestro corazón a Cristo, a su ley de amor, sin condicionar vuestra disponibilidad, sin miedo a respuestas definitivas, porque el amor y la amistad no tienen ocaso» (discurso en Javier, 6 noviembre 1982).

Que la Virgen Santísima del Pilar, en cuyas manos de Madre ponemos todas estas intenciones, os proteja, padres, madres y hermanos de los misioneros y misioneras, y que el Espíritu Santo continúe suscitando numerosas vocaciones.

Con gran afecto doy a vosotros, a vuestros hijos y familiares, así como a todos los misioneros españoles, una cordial bendición apostólica en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

HOMILIA DEL SANTO PADRE DURANTE LA CELEBRACIÓN DE LA PALABRA
EN LA EXPLANADA DE LA AVENIDA DE LOS PIRINEOS DE ZARAGOZA
EL 10 DE OCTUBRE DE 1984

Que la Virgen María bendiga esta Iglesia querida, apostólica, misionera y mariana

«Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo os he enseñado. Y mirad: Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos» (Mt. 28, 19-20).

Estas palabras me parecen particularmente vivas y apropiadas para este encuentro que tengo con vosotros, queridos hermanos obispos, amados hermanos y hermanas de España.

El mandato misionero de Jesús en las riberas del Tiberiades resuena hoy con fuerza a orillas del Ebro, donde desde hace tantos siglos alienta un eco de los afanes apostólicos de Santiago y de Pablo.

«Id y enseñad a todos los pueblos.» Son esas palabras del Maestro las que me empujan hoy hacia tierras de América, en un viaje que tiene mucho que ver con su mandato misionero.

En efecto, se aprestan ahora los pueblos e Iglesias de América a celebrar el quinto centenario de su primera evangelización, de su bautismo en la fe de Jesucristo. Una tarea ingente y secular que tuvo su origen aquí, en tierras ibéricas. Una siembra generosa y fecunda la de aquellos misioneros españoles y portugueses que sembraron a manos llenas la Palabra del Evangelio, en un esfuerzo que llega hasta hoy y que constituye una de las páginas más bellas en toda la historia de la evangelización llevada a cabo por la Iglesia.

Cuando se trata de dar gracias a Dios por los frutos tan abundantes de aquella siembra y de profundizar en los compromisos actuales y futuros de la evangelización en todo el continente, el Papa, que quiere ser «el primer misionero», no podía estar ausente. Cuando hace casi dos años, en esta misma ciudad de Zaragoza, tuve la alegría de postrarme a los pies de la Virgen del Pilar y de evocar aquí, ante la Patrona de la Hispanidad, la proximidad del quinto centenario del descubrimiento y evangelización de América, os dije que tal conmemoración era «una cita a la que la Iglesia no puede faltar» (alocución en el acto mariano nacional, Zaragoza, 6 noviembre 1982).

A la luz de esta promesa y del propósito misionero que anima mi nuevo viaje a Iberoamérica, bien podéis entender el sentido de la escala que he querido hacer en Zaragoza. En el umbral de un viaje eminentemente misionero, y en nombre de toda la Iglesia, he querido venir personalmente *para agradecer a la Iglesia en España la ingente labor de evangelización* que ha llevado a cabo en todo el mundo y muy especialmente en el continente americano y Filipinas.

En muchos de mis viajes he podido constatar el fruto actual de esa labor. Quería por ello, en esta ocasión tan señalada, repetir aquí, en Zaragoza, lo que ya tuve oportunidad de decir en Madrid, apenas iniciada mi visita apostólica: «¡Gracias, España; gracias, Iglesia de España, por tu fidelidad al Evangelio y a la Esposa de Cristo!» (Discurso de llegada, Madrid, 31 octubre 1982.) A la hora, pues, de iniciar los preparativos del quinto centenario de la evangelización de América he querido hacer un alto en el Pilar de Zaragoza para subrayar precisamente las dimensiones que este viaje lleva aparejadas.

La fe de los misioneros españoles fue la misma de los apóstoles

Brilla aquí, en la tradición firme y antiquísima del Pilar, *la dimensión apostólica* de la Iglesia en todo su esplendor. El Papa es el que por designio y misericordia del Señor encarna y perpetúa de forma eminente esa tradición apostólica, que tiene en Roma una histórica e inquebrantable relación con la figura y el ministerio de Pedro. Pero el Papa quiere llevar a las Iglesias en América no sólo la firmeza de la fe que Pedro representa, sino también la audacia misionera de los otros apóstoles, que, obedeciendo al mandato del Maestro, pusieron sus talentos y sus mismas vidas al servicio de la difusión del Evangelio en el nuevo mundo.

La fe que los misioneros españoles llevaron a Hispanomérica es una fe apostólica y eclesial, heredada —según venerable tradición que aquí junto al Pilar tiene su asiento secular— de la fe de los apóstoles. Desde la misma fuente vigorosa y auténtica de la fe de los apóstoles. Desde la misma fuente vigorosa y auténtica de la fe de los apóstoles quiere ahora el Papa llevar un nuevo impulso a las Iglesias en América y a vuestra propia Iglesia española.

Que el Señor bendiga los pasos de los españoles en su evangelización

Aquí, en Zaragoza, luce también esta tarde *la dimensión misionera* de la Iglesia, y bien en concreto de la Iglesia en España.

Hace unos instantes he podido encontrar en el templo del Pilar a las familias de los sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares que sirven hoy al Evangelio en las Iglesias hermanas en América. Ha sido un encuentro breve, pero intenso. ¡No se ha extinguido en la Iglesia en España el aliento misionero! ¡No habéis dejado de cumplir el «id y enseñad a todos los pueblos»! *Cerca de dieciocho mil misioneros españoles* perpetúan hoy en aquellas tierras, tan hermanas vuestras, la tradición misionera que yo deseo se acreciente, como una de las glorias más altas de esta Iglesia.

¡Que el Señor bendiga los pasos y las manos de los españoles que en todo el mundo, y especialmente en América, evangelizan y bautizan en

su nombre! ¡Que el Señor premie la generosidad de las familias españolas que saben dar sus hijos a la tarea de «ir y enseñar» que nos legó el Maestro! ¡Que el Señor conceda y aumente a esta Iglesia el talante misionero que distinguió su pasado, que forma parte de su vida presente y que debe estimular y enriquecer su futuro!

Decir España es decir María

Hay todavía un tercera dimensión, muy entrañable y muy especial, en esta mi escala en España y en Zaragoza: *la dimensión mariana*.

Mis últimas palabras cuando me despedí de vosotros en Compostela, después de diez días de convivencia de los que guardo gratisísimo recuerdo, fueron estas: «Hasta siempre, España; hasta siempre, tierra de María»: (despedida en Santiago de Compostela, 9 noviembre 1982). En su compañía y bajo su amparo os dejaba entonces, y junto a ella, junto a este Pilar de Zaragoza que simboliza la firmeza de la fe de los españoles y de su gran amor a la Virgen María, os encuentro ahora de nuevo.

No es indiferente ni casual este encuentro. La fe mariana de los misioneros españoles cuajó bien pronto en aquellas latitudes en devociones y advocaciones que siguen siendo norte y estrella de los creyentes de aquellos países. *Decir España es decir María*. Es decir el Pilar, Covadonga, Aránzazu, Montserrat, Ujué, el Camino, Valvanera, Guadalupe, la Almodena, los Desamparados, Lluch, la Fuensanta, las Angustias, los Reyes, el Rocío, la Candelaria, el Pino. Y *decir Iberoamérica es decir también María*, gracias a los misioneros españoles y portugueses. Es decir Guadalupe, Altagracia, Luján, la Aparecida, Chinquiquirá, Coromoto, Copacabana, el Carmen, Suyapa y tantas otras advocaciones marianas no menos entrañables.

La Conferencia de Puebla, en su reflexión sobre la evangelización, dijo expresamente: «Ella tiene que ser cada vez la pedagoga del Evangelio en América latina (Puebla, 290). Sí, la pedagoga, la que nos lleve de la mano, la que nos enseñe a cumplir el mandato misionero de su Hijo y a guardar todo lo que Él nos ha enseñado. El amor a la Virgen María, Madre y modelo de la Iglesia, es garantía de la autenticidad y de la eficacia redentora de nuestra fe cristiana.

Vuestros hermanos de América, que quieren celebrar hondamente el quinto centenario de la llegada del Evangelio a aquellas inmensas tierras, se debaten en un largo y complejo esfuerzo de afirmación social, cultural y espiritual. Esa América tensa y esperanzada, joven y doliente, esquilada y generosa, su futuro humano y religioso, *yo quiero ponerlo esta tarde a los pies de la Virgen en son de súplica*. ¡Que ella, María, la Madre de la Iglesia, siga guiando y alumbrando la fe y el camino de los pueblos de América! ¡Que encuentren siempre en vosotros, católicos españoles, el consuelo de *un testimonio ferviente y la ayuda de vuestra colaboración humilde y generosa!*

Pero si nuestro encuentro y nuestra plegaria de hoy tienen una dimensión *apostólica, misionera y mariana* en función de mi viaje a Santo Domingo y Puerto Rico, no quisiera que consideraseis este alto en Zaragoza *como una mera escala en el camino hacia América*. Me urgía reconocer y agradecer ante toda la Iglesia vuestro pasado evangelizador. Era un acto de justicia cristiana e histórica. Pero me urge también *estimular*

vuestra capacidad misionera de cara al futuro. «Recordad siempre —como os dije hace dos años— que el espíritu misionero de una determinada porción de la Iglesia es la medida exacta de su vitalidad y de su autenticidad» (discurso a los religiosos en la parroquia de Guadalupe, Madrid, 2 noviembre 1982). *Es lo que esta tarde os repito con intensidad nueva.*

Dad testimonio de la bondad de Dios ante los que no le conocen

Conozco vuestros esfuerzos, vuestras aspiraciones y dificultades. Mi visita de hace dos años me enseñó a conocer mejor vuestra tradición religiosa y a apreciar vuestros empeños presentes. Entonces pude decir con toda sinceridad a vuestros obispos: «A pesar de los claroscuros, de las sombras y altibajos del momento presente tengo confianza y espero mucho de la Iglesia en España» (discurso a los obispos españoles, 31 octubre 1982).

Mantengo hoy, acrecentadas, la misma confianza y esperanza. Sé bien que vuestros pastores han diseñado un amplio y exigente programa de «servicio a la fe del pueblo español» basado en la predicación que hace dos años desarrollé en tantos lugares de esta querida nación. Esa predicación no era sino el cumplimiento por mi parte como «primer misionero» del mandato de Jesús: «Id y enseñad.» Pido al Señor que su recuerdo y meditación produzca los frutos deseados en el Pueblo de Dios.

El modo más natural de concluir este grato encuentro con vosotros es ratificar ahora mi predicación de aquellos días, recordándoos el mandato de Jesús: id y enseñad todo lo que yo os he enseñado. Enseñad no sólo de palabra, sino también con el ejemplo de vuestra vida.

¡Sed firmes en la fe como este Pilar de Zaragoza! ¡Sed coherentes en vuestro comportamiento personal, familiar y público con las enseñanzas y ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo! Dad testimonio práctico de la grandeza y de la bondad de Dios ante aquellos que no le conocen o, conociéndole, parecen avergonzarse de Él, en público o en privado. Superad la tentación de las desconfianzas y las divisiones estériles, viviendo con gozo y generosidad la unidad de la fe y la comunión del amor de Cristo.

A ello os guiará el esforzado ministerio de vuestros obispos, mis hermanos, cuya comunión entre sí y con el Sucesor de Pedro es garantía de una fiel transmisión de la fe, base primera de un futuro evangelizador rico en frutos de vida cristiana, en sintonía con el glorioso pasado antes evocado.

Sobre vuestra vida social, vuelve a mi mente lo que os dije desde el Nou Camp de Barcelona: «Vivid vosotros e infundir en las realidades temporales la savia de la fe de Cristo.» «Demostrad ese espíritu en la atención prestada a los problemas cruciales. En el ámbito de la familia, viviendo y defendiendo la indisolubilidad y los demás valores del matrimonio, promoviendo el respeto a toda vida desde el momento de la concepción. En el mundo de la cultura, de la educación y de la enseñanza, eligiendo para vuestros hijos una enseñanza en la que esté presente el pan de la fe cristiana» (homilía, 7 noviembre 1982). Ojalá tenga así plena efectividad en vuestro país el derecho de los padres a elegir el tipo de educación que prefieren para sus hijos.

Sed ejemplares en vuestra vida cívica y en la capacidad de convi-

vencia, contribuyendo a una mayor justicia social para todos. Con el debido respeto a las legítimas opciones ajenas, «esforzaos por que las leyes y costumbres no vuelvan la espalda al sentido trascendente del hombre cambiando sólo las estructuras externas o buscando en primer lugar la ni a los aspectos morales de la vida» (ibid.).

No caigáis en el error de pensar que se puede cambiar la sociedad satisfacción de las necesidades materiales. *Hay que empezar por cambiarse a sí mismo*, convirtiendo de verdad nuestros corazones al (Dios vivo). Dios vivo, renovándose moralmente, destruyendo las raíces del pecado y del egoísmo en nuestros corazones. Personas transformadas colaboran eficazmente a transformar la sociedad.

Sed fieles a vuestra historia de fe

Vosotros, que fuisteis capaces de aquella empresa gigantesca que hoy hemos evocado, *sed fieles a vuestra historia de fe*. Tened confianza en vosotros mismos. Vivid con integridad vuestra fe, en un contexto en el que se la respete plenamente o en el que se le puedan crear algunos obstáculos. Caminad juntos hacia el futuro.

Tenéis delante una gran empresa: preparar ya desde ahora la Iglesia en España, renovada, fiel y generosa del año 2000, para que vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos encuentren en ella la gracia de Dios y las riquezas de sus dones, para que España pueda seguir siendo *fiel a sí misma y punto de apoyo en la difusión del Evangelio*.

Para tal empresa os convoca a vosotros, mis queridos jóvenes, con el recuerdo del Bernabéu siempre vivo en mis oídos y en mi corazón.

Convoco a las familias cristianas, que veo aún en la imponente eucaristía de la Castellana.

Convoco a las religiosas del claustro, que con su vida hecha plegaria y su entusiasmo pusieron una nota de calor en la fría mañana de Ávila.

Convoco a los seglares católicos, a los educadores en la fe, a los niños, a los obreros cristianos, hombres del campo y del mar, a los hombres de la cultura y de la ciencia, a los que tengo bien presentes en los diversos lugares de nuestros inolvidables encuentros.

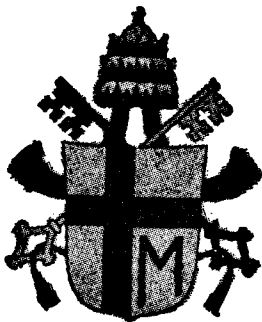
Convoco, en fin, a todos los católicos españoles, cuya vitalidad de fe me es bien conocida.

Que la Virgen María, bajo cuya protección materna nos hemos reunido esta tarde para cantar y rezar, bendiga copiosamente a todos vosotros, bendiga las familias de España y bendiga esta Iglesia querida, *apostólica, misionera y mariana*.

Con este deseo os doy a vosotros, pastores y fieles, en especial a los enfermos de toda España y a cuantos sufren, mi bendición apostólica.

DISCURSO DEL PAPA A LOS OBISPOS DEL CELAM EN EL ESTADIO OLÍMPICO DE SANTO DOMINGO EL 12 DE OCTUBRE DE 1984

Resistid a quienes quieren ahogar vuestra esperanza



Queridos hermanos en el episcopado, amados hermanos y hermanas:

En este estadio olímpico de Santo Domingo me reúno con vosotros, hermanos obispos del CELAM y representantes de otras conferencias episcopales. Es hoy una fecha muy elocuente: el 12 de octubre.

Hace casi quinientos años se iniciaba en estas tierras la obra que Cristo —como acabamos de escuchar en el Evangelio de Mateo— confió a su Iglesia: la evangelización de todas las gentes. La preparación de ese centenario es el motivo que nos congrega.

Me alegra, por ello, que en esta fecha, que recuerda el encuentro entre dos mundos, entre el continente europeo y americano, pueda el Papa reunirse con los episcopados de la Iglesia que trajo la evangelización y de aquella que la recibió, realizando así una sola y misma Iglesia: la de Cristo.

¡Con cuánto gozo saludo hoy a esta Iglesia evangelizadora y evangelizada, que en un gran impulso de creatividad y juventud ha logrado que casi la mitad de todos los católicos estén en América latina! De esa juventud apostólica, llena de esperanza, quiere ser hoy testimonio «la multitud de jóvenes» que nos acompañan en este estadio. En ellos veo representada a la juventud cristiana del continente. ¡Salve, Iglesia joven, esperanza de América latina!

I. TRAS LAS HUELLAS DE LOS EVANGELIZADORES

La Providencia me trae una vez más a tierras de América, a este que fue llamado el Nuevo Mundo.

Ya en el primer viaje apostólico de mi pontificado dije que quería pasar por Santo Domingo, «siguiendo la ruta que, al momento del descubrimiento del continente, trazaron los primeros evangelizadores» (discurso de llegada, 25 enero 1979).

Por su parte, el Episcopado Latinoamericano, en el documento de Puebla, tuvo presente el evento de los quinientos años de la evangelización y el reto que suponía para la Iglesia en este continente (cf. «Evangelización y religiosidad popular», p. II, cap III, 3,3).

También durante el viaje apostólico a España indiqué en Zaragoza que el V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América era un acontecimiento al que la Iglesia no podía faltar (6 noviembre 1982).

Pero, sobre todo, en el encuentro que tuve con el CELAM en la catedral de Puerto Príncipe (Haití), el mes de marzo del pasado año, decía que este V Centenario debíais celebrarlo con una «mirada de gratitud a Dios por la vocación cristiana y católica de América latina y a cuantos fueron

instrumentos vivos y activos de la evangelización. Mirada de fidelidad a vuestro pasado de fe. Mirada hacia los desafíos del presente y a los esfuerzos que se realizan. Mirada hacia el futuro para ver cómo consolidar la obra iniciada». Obra que debía ser «una evangelización nueva: nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión» (alocución del 9 de marzo 1983, III).

En esta misma línea ha tenido el propósito de moverse el CELAM al subrayar recientemente que la celebración del V Centenario, «que queremos preparar con años de anticipación, significa tanto el reconocimiento agradecido a quienes implantaron y transmitieron la fe en este continente como el compromiso de mantener y aumentar esta insigne herencia» (mensaje ante los quinientos años del Descubrimiento y Evangelización de América Latina).

Estos son los propósitos que han inspirado la decisión de preparar adecuadamente el medio milenio de la evangelización.

Son también los que han movido al Papa a traer la solidaridad de la Iglesia de Roma a estas Iglesias, a impulsar con su presencia dicha preparación, para que los actos iniciados aquí, en la República Dominicana, constituyan en todo el continente el comienzo de «una campaña de la fe», articulada en múltiples iniciativas de evangelización nueva, durante la novena de años que hoy inauguramos.

No podía el Papa, sobre cuyo ministerio eclesial cae en primer lugar el mandato de Cristo de predicar la fe, dejar de dar su contribución personal a tal tarea, cuando se plantea para un amplio sector de la Iglesia —toda América latina— el propósito de una evangelización nueva. Una evangelización que continúe y complete la obra de los primeros evangelizadores.

II. UNA MIRADA HACIA EL PASADO

Para una mejor autoconciencia frente a la problemática y desafíos que la Iglesia tiene planteados para la evangelización en el momento presente, ella necesita una lúcida visión de sus orígenes y actuación.

No por mero interés académico o por nostalgia del pasado, sino para lograr una firme identidad que impulsó su camino para comprender mejor los problemas del presente y proyectarse más realísticamente hacia el futuro.

No cabe duda que esa exacta autoconciencia es prueba de madurez eclesial. Y si es verdad que de ello la Iglesia sacará motivos de conversión y mayor fidelidad al Evangelio, también podrá deducir tantas lecciones y aliento ante los problemas que encuentra su misión salvadora en cada momento de la historia.

Carácter providencial del descubrimiento y evangelización de América

La carta del Papa León XIII al concluir el IV Centenario de la gesta colombina habla de los designios de la divina Providencia que han guiado el «*hecho de por sí más grande y maravilloso entre los hechos humanos*», y que con la predicación de la fe hicieron pasar una inmensa multitud «*a las esperanzas de la vida eterna*» (carta del 15 julio 1892).

En el aspecto humano, la llegada de los descubridores a Guanahaní significaba una fantástica ampliación de las fronteras de la humanidad,

el mutuo hallazgo de dos mundos, la aparición de la ecumene entera ante los ojos del hombre, el principio de la historia universal en su proceso de interacción, con todos los beneficios y contradicciones, sus luces y sombras.

En el aspecto evangelizador marcaba la puesta en marcha de un despliegue misionero sin precedentes que, partiendo de la Península Ibérica, daría pronto una nueva configuración al mapa eclesial. Y lo haría en un momento en que las convulsiones religiosas en Europa provocaban luchas y visiones parciales que necesitaron de nuevas tierras para volcar en ellas la creatividad de la fe.

Era el prorrumper vigoroso de la universalidad querida por Cristo, como hemos leído en San Mateo, para su mensaje. Éste, tras el Concilio de Jerusalén, penetra en la ecumene helenística del Imperio romano, se confirma en la evangelización de los pueblos germánicos y eslavos (ahí marcan su influjo Agustín, Benito, Cirilo y Metodio) y halla su nueva plenitud en el alumbramiento de la cristiandad del Nuevo Mundo. Con ello *«se echan las bases de la cultura latinoamericana y de su real sustrato católico»* (Puebla 412).

Pecado y gracia

Una cierta *«leyenda negra»*, que marcó durante un tiempo no pocos estudios historiográficos, concentró prevalentemente la atención sobre aspectos de violencia y explotación que se dieron en la sociedad civil durante la fase sucesiva al descubrimiento. Prejuicios políticos, ideológicos y aun religiosos han querido también presentar sólo negativamente la historia de la Iglesia en este continente.

La Iglesia, en lo que a ella se refiere, quiere acercarse a celebrar este centenario con la humildad de la verdad, sin triunfalismos ni falsos pudores, solamente mirando a la verdad para dar gracias a Dios por los aciertos y sacar del error motivos para proyectarse renovada hacia el futuro.

Ella no quiere desconocer la interdependencia que hubo entre la cruz y la espada en la fase de la primera penetración misionera. Pero tampoco quiere desconocer que la expansión de la cristiandad ibérica trajo a los nuevos pueblos el don que estaba en los orígenes y gestación de Europa —la fe cristiana— con su poder de humanidad y salvación, de dignidad y fraternidad, de justicia y amor para el nuevo mundo.

Esto provocó el extraordinario despliegue misionero, desde la transparencia e incisividad de la fe cristiana, en los diversos pueblos y etnias, culturas y lenguas indígenas.

Los hombres y pueblos del nuevo mestizaje americano fueron engendrados también por la novedad de la fe cristiana. Y en el rostro de Nuestra Señora de Guadalupe está simbolizada la potencia y arraigo de esa primera evangelización.

Pero a pesar de la excesiva cercanía o confusión entre las esferas laica y religiosa propias de aquella época no hubo identificación o sometimiento, y la voz de la Iglesia se elevó desde el primer momento contra el pecado.

En el seno de una sociedad propensa a ver los beneficios materiales que podía lograr con la esclavitud o explotación de los indios surge la protesta inequívoca desde la conciencia crítica del Evangelio, que denun-

cia la inobservancia de las exigencias de dignidad y fraternidad humanas, fundadas en la creación y en la filiación divina de todos los hombres. ¡Cuántos no fueron los misioneros y obispos que lucharon por la justicia y contra los abusos de conquistadores encomenderos! Son bien conocidos los nombres de Antonio Montesinos, Bartolomé de las Casas, Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga, Juan del Valle, Julián Garcés, José de Anchieta, José de Acosta, Manuel de Nobrega, Roque González, Toribio de Mogrovejo y tantos otros.

Con ello la Iglesia, frente al pecado de los hombres, incluso de sus hijos, trató de poner entonces —como en las otras épocas— gracia de conversión, esperanza de salvación, solidaridad con el desamparado, esfuerzo de liberación integral.

Evangelización y promoción humana

Pero la labor evangelizadora, en su incidencia social, no se limitó a la denuncia del pecado de los hombres.

Ella suscitó asimismo un vasto debate teológico-jurídico, que con Francisco de Vitoria y su escuela de Salamanca analizó a fondo los aspectos éticos de la conquista y colonización. Esto provocó la publicación de leyes de tutela de los indios e hizo nacer los grandes principios del derecho internacional de gentes.

Por su parte, en la labor cotidiana de inmediato contacto con la población evangelizada, los misioneros formaban pueblos, construían casas e iglesias, llevaban el agua, enseñaban a cultivar la tierra, introducían nuevos cultivos, distribuían animales y herramientas de trabajo, abrían hospitales, difundían las artes como la escultura, pintura, orfebrería; enseñaban nuevos oficios, etc.

Cerca de cada iglesia, como preocupación prioritaria surgía la escuela para formar a los niños. De esos esfuerzos de elevación humana quedan páginas abundantes en las crónicas de Mendieta, Grijalba, Motolinía, Remesal y otros. ¡Con qué satisfacción consignan que un solo obispo podía ufanarse de tener unas quinientas escuelas en su diócesis!

No menor interés por procurar la promoción humana en las tierras evangelizadas se nota en grandes figuras misioneras, como el padre Kino, fray Junípero Serra, el beato Roque González, Antonio Vieira, que tanto hicieron por elevar el nivel humano de sus nuevas comunidades cristianas

Al mismo tiempo, se van iniciando amplias experiencias colectivas de crecimiento en humanidad y de implantación más profunda del cristianismo, en formas nuevas de vida y sociabilidad más dignas del hombre. Tales fueron los «*pueblos hospitales*» del obispo Vasco de Quiroga, las reducciones o colonias misioneras de los franciscanos, las extraordinarias reducciones de los jesuitas en el Paraguay, y tantas otras obras de caridad y misericordia, de instrucción y cultura.

En este aspecto cultural, los evangelizadores hubieron de inventar métodos de catequesis que no existían, tuvieron que crear las «*escuelas de la doctrina*», instruir a niños catequesitas para superar las barreras de las lenguas. Sobre todo, hubo que preparar catecismos ilustrados que explicaran la fe, componer gramáticas y vocabularios, usar los recursos de la palabra y del testimonio, de las artes, danzas y música, de las representaciones teatrales y escenificaciones de la Pasión. En ese campo

destacaron figuras de buenos pedagogos, como fray Pedro de Gante y otros.

Testimonio parcial de esa actividad son —en el solo período de 1524 y 1527— las 109 obras de bibliografía indígena que se conservan, además de otras muchas perdidas o no impresas: se trata de vocabularios, sermones, catecismos, libros de piedad y de otro tipo. Son valiosísimos aportes culturales de los misioneros, que testimonian su dominio de numerosos lenguas indígenas, sus conocimientos etnológicos e históricos, botánicos y geográficos, biológicos y astronómicos, adquiridos «en función de su misión».

Testimonio también de que, después del choque inicial de culturas, la evangelización supo asumir e inspirar las culturas indígenas.

Los mismos concilios y sínodos locales continen a veces, junto con sus prescripciones de carácter eclesial, interesantes cláusulas de tipo cultural y de promoción humana.

Una obra evangelizadora y promocional que ha querido continuar hasta nuestros días, a través de la educación en las escuelas y universidades, con tantas iniciativas sociales de hombres y mujeres imbuidos del ideal evangélico. Ellos tuvieron desde el principio «una clara conciencia» —válida siempre— «de su misión»: que el evangelizador ha de elevar al hombre, «dándole ante todo la fe, la salvación en Cristo», los medios e instrucción para lograrla. Porque pobre es quien carece de recursos materiales, pero más aún quien desconoce el camino que Dios le marca, quien no tiene su filiación adoptiva, quien ignora la senda moral que conduce al feliz destino eterno al que Dios llama al hombre.

Un continente marcado por la fe católica

Un dato consignado por la historia es que la primera evangelización marcó esencialmente la identidad histórico-cultural de América latina (cf. Puebla, 412). Prueba de ello es que la fe católica no fue desarraigada del corazón de sus pueblos, a pesar del vacío pastoral creado en el período de la independencia o del hostigamiento y persecuciones posteriores.

Ese sustrato cultural católico se manifiesta en la plena vivencia de la fe, en la sabiduría vital ante los grandes interrogantes de la existencia, en sus formas barrocas de religiosidad, de profundo contenido trinitario, de devoción a la Pasión de Cristo y a María. Aspectos a tener muy presentes también en una evangelización renovada.

En común sustrato de matriz católica, de fe común a los diversos pueblos, que demostró ya su consideración en la capacidad de asimilar desde dentro la reforma postridentina, la renovación del Concilio Vaticano II y los impulsos madurados en Medellín y Puebla.

Un sustrato que alcanzó cotas de santidad admirables en figuras tan ejemplares y cercanas a su pueblo como Toribio de Mogrovejo, Rosa de Lima, Martín de Porres, Juan Macías, Pedro Claver, Francisco Solano, Luis Beltrán, José de Anchieta, Marianita de Quito, Roque González, Pedro de Bethancur, el hermano Miguel Febres Cordero y otros.

Un sustrato con su innegable vitalidad y juventud actual, que busca formas eficaces de inserción en la sociedad de hoy, que aguarda una evangelización renovada y esperanzada, para revitalizar la propia riqueza de fe y suscitar vigorosas energías de profunda raíz cristiana para que sea

capaz de construir una nueva América latina «confirmada en su vocación cristiana», libre y fraterna, justa y pacífica, fiel a Cristo y al hombre latinoamericano.

III. «UNA MIRADA HACIA EL FUTURO: EL CONTINENTE DE LA ESPERANZA»

«Los retos del momento»

Al contemplar el panorama que se abre a la nueva evangelización, no es posible desconocer los desafíos que esa labor ha de enfrentar.

La escasez de ministros cualificados para tal misión pone el primero y, quizá, mayor obstáculo.

La secularización de la sociedad, ante la necesidad de vivir los valores radicalmente cristianos, plantea otra seria limitación.

Las cortapisas puestas a veces a la libre profesión de la fe son, por desgracia, hechos comprobables en diversos lugares.

El antitestimonio de ciertos cristianos incoherentes o las divisiones eclesiales crean evidente escándalo en la comunidad cristiana.

El clamor por una urgente justicia, demasiado largamente esperada, se eleva desde una sociedad que busca la debida dignidad.

La corrupción en la vida pública, los conflictos armados, los ingentes gastos para preparar muerte y no progreso, la falta de sentido ético en tantos campos siembran cansancio y rompen ilusiones de un mejor futuro.

A todo ello se añaden las insolidaridades entre naciones, un comportamiento no correcto en las relaciones internacionales y en los intercambios comerciales, que crean nuevos desequilibrios. Y ahora se presenta el grave problema de la deuda externa de los países del Tercer Mundo, en particular de América latina.

Este fenómeno puede crear condiciones de indefinida paralización social y puede condenar naciones enteras a una permanente deuda de serias repercusiones, engendradora de estable subdesarrollo. A este propósito viene a mi mente las palabras que pronuncié durante mi viaje apostólico a Suiza: «*También el mundo financiero es un mundo humano, nuestro mundo, que está sujeto a la conciencia de todos nosotros. También aquí valen los principios éticos*» (homilía en Flueli, 14 junio 1984, 6).

Ante estos retos, hay muchos problemas que escapan a la posibilidad de acción y a la misión de la Iglesia. Es, sin embargo, necesario que ella redoble su esfuerzo para «hacer presente a Cristo Salvador, para cambiar corazones mediante una evangelización renovada, que es fuente de vitalidad cristiana y de esperanza».

¡América Latina: Desde tu fidelidad a Cristo: resiste a quienes quieren ahogar tu vocación de esperanza!

La tentación de quienes quieren olvidar tu «innegable vocación cristiana» y los valores que la plasman, para buscar modelos sociales que prescindan de ella o la contradicen.

— «La tentación de lo que puede debilitar la comunión en la Iglesia» como sacramento de unidad y salvación. Sea de quienes ideologizan la fe o pretenden construir una «*Iglesia popular*» que no es la de Cristo, sea de quienes promueven «la difusión de sectas religiosas» que poco tienen que ver con los verdaderos contenidos de la fe.

— «La tentación anticristiana de los violentos», que desesperan del diálogo y de la reconciliación y que sustituyen las soluciones políticas por el poder de las armas o de la opresión ideológica.

— «La seducción de las ideologías» que pretenden sustituir la visión cristiana con los ídolos del poder y la violencia, de la riqueza y del placer.

— «La corrupción de la vida pública o de los mercantes de droga y de pornografía», que van carcomiendo la fibra moral, la resistencia y esperanza de los pueblos.

— «La acción de los agentes del neomaltusianismo», que quieren imponer un nuevo colonialismo a los pueblos latinoamericanos, ahogando su potencia de vida con las prácticas contraceptivas, la esterilización, la liberalización del aborto y disgregando la unidad, estabilidad y fecundidad de la familia.

— «El egoísmo de los "satisfechos" que se aferran a un presente privilegiado de minorías opulentas, mientras vastos sectores populares soportan difíciles y hasta dramáticas condiciones de vida en situaciones de miseria, de marginación de opresión.

— «Las interferencias de potencias extranjeras», que siguen sus propios intereses económicos, de bloque o ideológicos, y reducen a los pueblos a campo de maniobras al servicio de sus propias estrategias.

¡América latina, fiel a Cristo. Aumenta y realiza tu esperanza!

He aquí algunas para este momento tuyo:

— Esperanza de una Iglesia, que firmemente unida a sus obispos, con sus sacerdotes, religiosos y religiosas al frente, se concentra intensamente en su misión evangelizadora y que lleva a los fieles a la savia vital de la Palabra de Cristo y a las fuentes de gracia de los sacramentos.

— Esperanza de ulterior crecimiento de vocaciones sacerdotales y religiosas para llevar a cabo la nueva evangelización de los pueblos latinoamericanos a partir del rico patrimonio de verdades sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre que proclamó Puebla.

— Esperanza de una Iglesia fuertemente empeñada en «una sistemática catequesis que complete» en los fieles la evangelización recibida.

— Esperanza de los jóvenes, que, plenamente acogidos y alimentados en su espíritu, dé a la Iglesia, en un continente de jóvenes, horizontes de vigor nuevo en su fidelidad a Dios y al hombre por él.

— Esperanza de un laicado consciente y responsable, comprometido en su misión eclesial y de ordenación del mundo según Dios.

— Esperanza de reconciliación entre los pueblos hermanos, desterrando guerras y violencias para reconocerse en la unidad de «una gran patria latinoamericana», libre y próspera, fundada en un común sustrato cultural y religioso.

— Esperanza de grupos étnicos que quieren mantener su identidad y cultura popular sin renunciar a la común solidaridad y progreso y que necesitan una más plena evangelización.

— Esperanza del movimiento de los trabajadores que luchan por más dignas condiciones de vida y de trabajo. De los «sectores intelectuales», que reencuentran los valores éticos y culturales de su pueblo para servirlos y promoverlos. De los «científicos» y tecnólogos que quieren

ordenar los recursos del saber a la elevación y progreso de América latina.

Hacia la civilización del amor

El próximo centenario del descubrimiento y de la primera evangelización nos convoca, pues, a una nueva evangelización de América latina, que despliega con más vigor —como la de los orígenes— «un potencial de santidad, un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación de hombre», para generar, desde el seno de América latina, un gran futuro de esperanza.

Este tiene un nombre: «*La civilización del amor*». Ese nombre que ya indicara Pablo VI, nombre al que yo mismo he aludido repetidamente y que recogiera el mensaje de los obispos latinoamericanos en Puebla, es una enorme tarea y responsabilidad.

Una nueva civilización que está ya inscrita en el mismo nacimiento de América latina, que se va gastando entre lágrimas y sufrimientos. Que espera la plena manifestación de la fuerza de libertad y liberación de los hijos de Dios. Que realice la vocación originaria de una América latina llamada a plasmar —como afirmaba Pablo VI ya en 1964— en una «*síntesis nueva y genial lo espiritual y lo temporal, lo antiguo y lo moderno, lo que otros te han dado y tu propia originalidad*». En síntesis, un testimonio de una «*novísima civilización cristiana*» (homilía en la basílica de San Pedro, 3 julio 1964).

IV. CONCLUSION

Hermanos obispos del CELAM, jóvenes, dominicanos y latinoamericanos todos:

Estas son las metas hacia las que invito a la Iglesia en Latinoamérica como preparación al centenario, que ha de ser el «*centenario de la fe rejuvenecida*».

«Con la fuerza de la cruz», que hoy es entregada a los obispos de cada nación; con la antorcha de Cristo en tus manos llenas de amor al hombre, «parte Iglesia de la nueva evangelización». Así podrás crear «una nueva alborada eclesial». Y todos glorificaremos al Señor de la Verdad con la plegaria que recitan al alba los navegantes de Colón:

(20)

«Bendita sea la Luz,
y la Santa Veracruz,
y el Señor de la Verdad,
y la Santa Trinidad.
Bendita sea el alba
y el Señor que nos la manda.
Bendito sea el día
y el Señor que nos lo envía.»

Primer Centenario de la Coronación de Santa María del Lluch

NARCISO TORRES RIERA

*«Dins el Cor de la Muntanya
Mallorca guarda un Tresor,
Germans en Santa Campanya
Pujem a la Casa d'Or,
Anem amb bandera alçada
Com un Exèrcit de Pau,
Verge de Lluch Coronada
Damunt Mallorca Reinau»*

(de Mossèn Miguel Costa i Llobera)

Dice la Tradición que allá por el año 1238 un pastorcillo de las montañas de Mallorca tuvo una fulgurante visión. Se le apareció la Virgen con unos rayos y destellos de luz extasiadores. Su corazón queda atónito, mientras sus labios musitan el *Ave María*. Corrió luego presuroso hacia la iglesia de Escorca dedicada a San Pedro, donde habitaba un monje blanco del Cister, un Bernardo.

Ambos se dirigen al lugar de la visión y allí encuentran una imagen de la Virgen: «*La Mare de Déu de Lluch*». Desde entonces fue proclamada como Patrona y Reina del Reino de Mallorca. Primero se le construyó una pequeña hermita, luego fue Colegiata, hasta ser hoy un Santuario, donde afluyen enorme cantidad de peregrinos que desde distintas localidades de la isla van a pie a rendir homenaje a la Virgen de Lluch, cuyos milagros son «*muy frecuentes en favor de quienes devotamente la invocan*», según ya dijo en el año 1400 el obispo de la isla Luis de Prades.

El cuidado de este Santuario ha estado en manos de Agustinos, dominicos, etc., hasta que en 1891 el obispo de Mallorca Jacinto María de Cervera encarga esta misión a los Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y María, Congregación religiosa fundada en 1890 por un humilde sacerdote del Oratorio San Felipe Neri llama-

mado Joaquín Rosselló i Ferrá, hijo de Mallorca y nacido en Palma en 1833. Dicha custodia no ha variado hasta nuestros días.

El obispo mallorquín Mateo Jaume Garau, nacido en 1811, conocido con el sobrenombre de «*el bisbe vell*», emocionado con la «reciente» Coronación Pontificia de la Virgen de Montserrat (1881), se propuso hacer lo mismo para su Diócesis de Mallorca: coronar a la Virgen de Lluch. Así pidió este privilegio a la Santa Sede. Su Santidad León XIII envió un Breve concediendo la Coronación que se fijó para el día 10 de agosto de 1884.

Un día antes el venerable obispo había salido de Palma hacia Inca en tren, de Inca hacia Caimari en galera y allí al pie de la montaña tuvo que subir a una silla gestatoria a hombros de veinte de los hombres más robustos de aquella localidad por no existir ni siquiera un camino por donde pudiesen pasar los carros. Al mismo tiempo, una oleada de peregrinos se dirigía a pie hacia el Santuario en número aproximado de 20.000.

La ceremonia de la Coronación fue solemne. El obispo revestido de pontifical y representando al Papa colocaba una corona de oro y piedras preciosas (pagadas por muchísimos fieles de Mallorca, pues se estableció que ningún donativo pa-

sara de 1 peseta a fin de que toda Mallorca pudiera participar) y que fue realizada por el orfebre Antonio Pomar con un proyecto de Bartolomé Ferrá, costando alrededor de 12.000 reales.

Los fieles que asistían gozosos y emocionados entonando el *Regina Coeli Laetare* y expresando ¡Vivas! a la Virgen, enardecidos de amor hacia su excelsa Madre y Patrona, lloraban de alegría.

Han pasado cien años. El aniversario se celebró, aunque la fiesta solemne por diversas circunstancias fue aplazada un mes.

Así pues el 10 de agosto de 1984 el obispo de Solsona, hijo de Mallorca, Monseñor Miguel Montcadas, concelebró una misa en el Santuario de Lluch con sesenta sacerdotes, tras la cual se descubrió un busto que representa al insigne sacerdote y poeta Miguel Costa i Llobera.

Llegó el día 9 de septiembre (domingo). Aquel día fuimos muchos los que a las primeras horas de la madrugada nos dirigimos a pie hacia Lluch en peregrinación hacia la «*Mare de Déu*». Según algunas estimaciones fueron a Lluch aquel día con diversos medios (autos, autobuses, etc.) alrededor de 40.000 peregrinos de todas las edades (había muchos jóvenes) y de todos los pueblos de Mallorca. La fecha clausuraba además lo que se ha llamado «*l'any de Lluch*», en donde se han celebrado diversos actos religiosos y profanos en conmemoración del Centenario.

A las nueve de la mañana aproximadamente llegó el obispo de Mallorca, Monseñor Teodoro Úbeda, quien había venido a Lluch a pie desde Inca.

La imagen de la Virgen había sido colocada encima del altar, a donde afluían constantemente fieles (algunos iban de rodillas) para besar los pies de la Virgen. La banda municipal de Palma tocaba música regional y jóvenes ataviados con los trajes regionales bailaban al son del tambor y de la «*Xeremía*» boleros, jotas y «*mateixes*».

Se produjo entonces un espontáneo parlamento por uno de los micrófonos instalados al lado del Santuario («*la font cuberta*»). Hablaron diversas personalidades de la isla, pero destacó sobre todo el obispo de Solsona, quien invitó a todos los mallorquines a recobrar su identidad en los brazos de «*la Mare de Déu del Luch*». Habló también el alcalde de Inca, quien visiblemente emocionado proclamaba a la Virgen de Lluch como a la auténtica alcaldesa de Inca y Escorca.

La misa solemne se celebró fuera del Monasterio. Los actos se iniciaron con una procesión que condujo la imagen de la Virgen desde el Santuario hasta el «*Acolliment*» (especie de entoldado muy amplio al aire libre). Acompañaban a la Virgen seis obispos, los monseñores de Mallorca, Menorca, Ibiza, Solsona, disimionario de Ibiza y dimisionario de Huamachucho (Perú); había alrededor de 90 sacerdotes, los «*blauets*» (escuela de niños cantores de Lluch) y numerosísimos fieles que aplaudían a rabiar al paso de la Virgen y lanzando numerosos ¡Vivas! en su honor.

La misa empezó a las 11.30 de la mañana presidida por Monseñor Úbeda. En la homilía destacó la necesidad que tiene el Cristiano del amor a la Madre de Dios y de la solidaridad con nuestros hermanos. Finalizada la misa se leyó un mensaje que expresamente había enviado el Papa para este día. Lo leyó el obispo de Solsona. En él el Papa, tras resaltar la gran fiesta que representa el Centenario para el pueblo mallorquín, dice: «*La imagen de nuestra señora tal cual como la veneráis en este Santuario entre bellas montañas, es una estupenda lección de teología mariana. Ella, efectivamente sostiene en el brazo a su Hijo, mientras su mano derecha apunta expresivamente hacia Él. Es toda una pedagogía materna y eclesial, que señala el camino a seguir, para que el amor y culto a ella, como a todas las devociones del pueblo fiel, estén orientadas últimamente a Cristo, que nos ha revelado en plenitud el misterio y designio salvador de la Trinidad Santísima.*»

Realmente fue un acto lleno de fervor y de piedad filial. Muchos, la mayor parte, estaban de pie o sentados en el suelo rezando e invocando a la Virgen. Al terminar la ceremonia se hizo la misma procesión hacia el interior del Santuario. De nuevo aparecieron los ¡Vivas! a la Virgen y los generosos aplausos, que sin cesar despedían a la Virgen, quien había presidido todo el acto conmemorativo.

Pensaba para mis adentros que los pecados en nuestros días han aumentado considerablemente, pero la Fe no se ha acabado todavía («*no mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia*») y era de veras muy consolador ver a tanta gente postrada a los pies de la Virgen. Queda mucho por decir, pero en breves palabras alzo mi voz y proclamo: ¡Viva la Virgen de Lluch!, ¡Viva «*la Maré de Déu!*».

LA «HISTORIA DE OTRA ALMA»

Fisonomía espiritual de una de las grandes almas místicas de nuestro siglo: la carmelita SOR ISABEL DE LA TRINIDAD

N. ECHAVE

A LA EDAD DE 26 AÑOS

El día 9 de noviembre de 1906, llamaba Dios a su eterna visión de paz, a la edad de 26 años, a la Hermana Isabel de la Santísima Trinidad, religiosa profesada del Convento de las Carmelitas Descalzas de Dijon, la hermosa ciudad de Borgoña, en el este de Francia.

La Carta Necrológica, enviada tradicionalmente a los Monasterios de la Orden Carmelitana, hizo sospechar, con fundamento, que la Historia de esta alma encerraba una fidelidad poco corriente, y gran número de ellos solicitó vivos deseos de conocerla. Surgió así la necesidad de preparar una relación biográfica basada en las Cartas de Sor Isabel, los recuerdos de personas amigas y hermanas de Comunidad, y los apuntes espirituales de la humilde hija de Santa Teresa.

LOS RECUERDOS

Los rasgos biográficos de la Hermana Isabel de la Santísima Trinidad recibieron el nombre de Recuerdos. Desde su publicación en 1909 comenzaron a llegar al monasterio de Dijon los más variados testimonios de veneración hacia ella y de los efectos saludables obtenidos por su intercesión. Se imprimían miles de estampas con trocitos de tela tocados a sus venerables restos, se encargaban Misas y novenas de acción de gracias por favores recibidos, se levaban ardientes votos anhelando verla glorificada y de la mayor parte de los países llegaban peticiones solicitando la

traducción de los Recuerdos. Una indescriptible estela de luz y de vida surgía por doquier en torno a su nombre y se encauzaba con la apertura del Proceso Canónico de Beatificación iniciado en 1930. Concluía la fase diocesana en 1941. En 1944 eran presentados los escritos de la Sierva de Dios a la Sagrada Congregación de Ritos y en el mismo mes de su presentación se dictaba el fallo aprobatorio. Pero no fue hasta 1961 cuando a instancias del Postulador General de la Orden Carmelitana la Sagrada Congregación de Ritos aprobó la introducción de la Causa, y Su Santidad Juan XXIII ratificaba la continuación de la segunda fase: el Proceso Apostólico sobre la heroicidad de sus virtudes.

IMPACTO MUNDIAL

La difusión de los escritos de esta joven carmelita francesa, que sólo buscó el silencio y el olvido, empezó a suscitar un movimiento de atracción de inagotable fecundidad espiritual. Si al morir había asegurado que su misión en el cielo iba a consistir en comunicar a los demás el don de la vida interior, la admirable difusión de sus escritos no ofrecía dudas sobre la eficacia de sus propósitos. La primera obra de los Recuerdos se agotó en pocas semanas y pese a las múltiples dificultades, las ediciones se fueron sucediendo sin interrupción en su propio país. Hasta 1956 se habían lanzado en Francia 13 ediciones. La 12.ª, en 1946, de 95.000 ejemplares y la 13.ª, en 1956, de 96.000. En otros países el éxito se repetía. En 1959

se publicaba la séptima edición italiana y la octava española. Se extendía asimismo a todos los idiomas europeos e incluso al chino y japonés.

Con los comentarios a su doctrina ocurrió otro tanto. El nombre y las referencias doctrinales de Sor Isabel empezó a hacerse también familiar en los modernos manuales, libros e historias de espiritualidad. ¿Cuál podía ser el secreto de esta sorprendente difusión? Los escritos de esta humilde carmelita enclaustrada, sin preparación científica, tronchada en pleno verdor de juventud, obtenían un maravilloso eco mundial, como confirmación divina a su vocación especial: la de «traer a las almas al recogimiento interior, ayudándolas a salir de sí mismas para unirse con Dios por medio de un sencillísimo acto de amor, procurando mantenerlas de continuo en ese profundo silencio del corazón, que permite a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en Sí». (Escritos Espirituales, Fragmentos var n.º 33, 2).

UN HOGAR PROFUNDAMENTE CRISTIANO

La protección divina quiso rodear de amorosos cuidados desde el primer instante, a la pequeña Isabel. Su padre, don Francisco José Catez, capitán, era oriundo de una de esas familias del Norte de Francia, en la que los principios cristianos se vivían y transmitían como un verdadero timbre de gloria. Su madre, María Rolland, lorenesa, había heredado asimismo la fe robusta y sencilla de sus antepasados y estaba dotada de un temperamento inteligente, junto con una gran firmeza de carácter y un auténtico sentido sobrenatural...

Estas extraordinarias cualidades se orientaron, desde los primeros momentos, a la ardua labor de la educación de su hija, la pequeña Isabel, que, dotada de un temperamento sumamente impetuoso, se distinguía ya a los 7 años, por frecuentes arrebatados de cólera. Con gran empeño actuaba la madre tanto más cuanto su intuición le hacía percibir en su hija unas dotes de corazón y una firmeza de voluntad realmente excepcionales. El mayor castigo para vencer sus terquedades era privarla del beso materno antes de irse a acostar. Isabel, agradecida, bendeciría un día este recurso que le enseñó, desde pequeña, a vencerse por amor...

La lucha contra su temperamento impetuoso fue dando sus frutos y a medida que se acercaba

el día de su Primera Comunión se vuelven éstos más fáciles y numerosos. Muchas veces se le vio morderse los labios para no contestar a un reproche, reprimir una ocurrencia graciosa o esperar a que los demás hubieran dado su parecer para emitir ella el suyo...

Llegó por fin el ansiado día del 19 de abril de 1891, el de su Primera Comunión. Isabel se emociona y las lágrimas se deslizan mansas y silenciosas por sus mejillas. Al salir de la Iglesia se acerca a una compañera y le confiesa: «Ya no tengo hambre, Jesús me ha saciado...»

Desde aquel momento dos amores contrapesarán su natural impetuosidad: el amor a su madre, a quien amaba con delirio, y el amor a Aquél, a quien siempre llamaba con cierto acento celestial: «¡Él!».

Su temperamento ardiente y apasionado le hacía triunfar en todos los ambientes. Le entusiasmaba jugar con sus amigas y nadie como ella sabía prestar animación al juego. Su puesto era siempre a la cabeza del grupo, atravesando los ríos, en las alegres excursiones por la montaña y a través de los bosques y praderas. Pero bastaba una sola palabra, una sola mirada de su madre a veces, para detenerla en la más vertiginosa carrera...

EL LLAMAMIENTO DIVINO

«Cuando me invitaban a reuniones infantiles, iba a recogerme en oración en mi cuarto un buen rato, antes de salir de casa; porque el conocimiento de mi natural vivacidad, me obligaba a gran vigilancia sobre mí misma...» (Fragmentos de su diario particular, 7,2.)

Tal vigilancia y concentración interior obedecía al impulso sentido a sus siete años de consagrarse a Dios en la vida religiosa. Una tarde, a sus catorce años, se encontraba pensativa y triste. Cuando le preguntaron el por qué de aquella melancolía, contestó: «Estoy pensando en lo feliz que seré el día en que el bendito Carmelo me abra sus puertas; y me da la impresión de que el tiempo transcurre demasiado despacio...» Seis años le faltaban aún para aquella definitiva entrega y ya el amor y la gracia divina reinaban luminosamente en aquel corazón. Sus amigas hablan de su virtud: «Nunca le oí murmurar de nadie, como tampoco hablar bien de alguien faltando a la verdad.» Y el «Diario» nos descubre el secreto de todas

esas victorias: «Hoy he tenido la satisfacción de ofrecer a mi dulce Jesús varios sacrificios acerca de mi defecto dominante...»

ADIOS AL MUNDO

Las vacaciones de 1901 fueron las últimas transcurridas en el mundo. La madre le otorgaba su consentimiento e Isabel pasó por Lourdes confiando su vocación a la protección de la Virgen *Inmaculada*. El día 2 de agosto de 1901 las puertas del Carmelo se abrían a la feliz postulante quien se dedicaba con gozo, desde el primer instante, al oficio de Ángel Consolador, realizando el fin que Santa Teresa se propuso al fundar sus Monasterios: «Ofrecer a Nuestro Señor amigos de una abnegación a toda prueba, en los momentos precisos en que tantos le olvidan y le ofenden.» Si ya había atravesado el mundo con el frescor inmaculado de su inocencia, el camino del Carmelo le ofrecía el acceso directo a la Montaña Santa donde poder enriquecerse con los tesoros de la soledad. Si ya en las fiestas mundanas se había acostumbrado a retirarse a su pequeña celda interior, el carácter peculiar de la Reforma Teresiana le invitaba a «Vivir sola con Él solo». Por eso, cuando a la postulante se le preguntó un día por qué punto de la Regla sentía mayor preferencia, respondió sin vacilar: «Por el silencio.»

POR LOS CAMINOS DEL SILENCIO INTERIOR

Desde el primer acto de Comunidad, su recogimiento interior llamó la atención de las demás hermanas y hasta el fin de su vida jamás se le había de sorprender en una mirada inútil.

«En la huerta, en los claustros, en todos los lugares —decía ella— está Él presente de tal manera que sólo un ligero velo parece separarnos de Él, estando casi a punto de manifestarse.»

En un tono más jovial escribía así a su familia: «Os voy a contar algo muy interesante. Hemos tenido la colada. Para este menester me he arremangado mi uniforme, luego me he puesto un gran delantal por encima y para completar mi traje de faena, me he calzado unos chanclos. Así equipada, he bajado al lavadero, donde estaban todas restregando a más y mejor. Yo intenté hacer lo de las demás. Chapoteaba y me ponía perdida de agua, pero no me importaba, pues estaba en mis glorias. ¡Ah, os aseguro que en el Carmelo todo es delicioso. Se encuentra a Dios en la cola-

da como en la oración. En todas partes no hay otra cosa sino Él, se le respira, se le vive. ¡Si vieras qué feliz soy! Mi horizonte se ensancha cada día más...»

En otra de sus cartas describe la intimidad con el Señor: «La vida de una Carmelita es una perenne comunión con Dios desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana. Si Él no llenase nuestras celdas y nuestros claustros, ¡qué vacíos estarían! Mas le vemos a Él en todas las cosas, porque le llevamos dentro de nosotras mismas, y nuestra misma vida es un cielo anticipado.»

Sus días transcurrían así en esa perenne comunión con Dios, en el silencio del Carmelo, en el recinto sagrado de la celda, santuario íntimo que describe así: «¡Qué bien estamos allí los dos! Yo callo y le escucho... ¡Es tan hermoso escucharle! Luego le amo, mientras como este querido sayal que he deseado llevar con tantas ansias.»

HIJA DE SANTA TERESA

A las radiantes claridades del Postulante, sucedieron en el Noviciado las tinieblas de una noche profunda. Era la noche del espíritu de la que nos habla San Juan de la Cruz. Su oración se vuelve purísima, cada vez más profunda, en la actividad del abandono total, en la actitud del niño pequeño, reclinándose en los brazos de Aquel a quien ella ama sin sentirle. Los consejos que dará más tarde son el fruto de esta experiencia personal: «Estoy persuadida que el secreto de la paz y la dicha está en olvidarse, en vaciarse enteramente de sí misma, lo cual no consiste en otra cosa que en no sentir las propias miserias, físicas ni morales...», y en otro de sus cartas: «Que se halle usted fervorosa o desolada, nada debe importarle... en esas horas más angustiosas considere usted que el Artista divino echa mano del cincel para más hermosear su obra, y procure mantenerse en paz bajo la mano del que la labra...»

El conocimiento de la «Historia de un Alma», de su hermana de hábito Teresita del Niño Jesús, la llena de alegría y le confirma en el camino emprendido del olvido de sí misma y el confiado abandono en el Señor.

SUMERGIENDOSE EN DIOS

A partir del día de su profesión va perfilándose, cada vez con mayor nitidez, y con una expe-

riencia cada vez más honda, lo que será la esencia de su vocación: la vida en íntima comunión con la Santísima Trinidad.

«Creo que para conseguir la vida ideal del alma es necesario vivir en lo sobrenatural, cobrar conciencia de que Dios mora en lo más íntimo de nuestro ser y andar en todo momento en su compañía.»

De tal manera vive la presencia de Dios que le es indiferente una u otra ocupación, la oración, el coloquio íntimo con el Señor, no cesa ni un instante. Así se expresa: «¡Le siento tan vivo en mi alma! No necesito más que recogerme dentro de mí misma para hallarle en el fondo de mi espíritu, y ese pensamiento me hace enteramente feliz...»

Pero el amor puro y desinteresado de Sor Isabel no podía expresarse en toda su intensidad sino a través del sufrimiento. Ella, que había definido la felicidad como el no preocuparse uno de sí mismo, en negarse en cada momento y dejar que el amor de Dios llegase a extinguir por completo nuestro amor propio, iba a experimentar en sí misma, toda la dimensión de la renuncia. «El Carmelo es como el cielo —decía en maravillosa síntesis—. Hay que dejarlo todo para poseer a Aquel que lo es todo.» El Señor le invitó a caminar por el camino del sufrimiento.

Empezó por experimentar un cansancio terrible. Por la mañana, después del rezo de las horas menores, se sentía tan exhausta de fuerzas que se preguntaba cómo podría llegar a la noche. El agotamiento llegaba al límite después de Completas y amparada en la oscuridad, se retiraba como podía a la celda, apoyándose muchas veces en las paredes, para no poder descansar ni siquiera en el lecho.

EL VALOR DEL SUFRIMIENTO

Comprende entonces que su vocación es la de ser mediadora con Jesucristo, ofreciéndose a ser para él como una especie de «humanidad complementaria», en la cual pueda Él perpetuar su vida de reparación, de sacrificio, de alabanza y de adoración...

Hacia la mitad de la Cuaresma de 1906 hicieron su aparición los síntomas de una grave enfermedad de estómago. Es trasladada a la enfermería. Allí, su única ocupación es amar. Es tal el deseo que siente de unirse con el Señor para

siempre, que la espera se le hace demasiado larga. El sufrir es para ella la prueba de que el Señor le ama con predilección:

«Sí, me considero feliz de estar asociada a la obra redentora de Jesús y de padecer como una prolongación de su Pasión...» «Nunca fue más grande mi dicha que cuando el Señor se dignó asociarme a los dolores del divino Esposo.» A su madre le escribe también: «Hoy comprendo, como nunca, lo mucho que el Señor nos ama cuando nos visita con sus pruebas...» «Tú temes que yo sea una víctima destinada al sufrimiento. Yo te suplico que no te entristezcas por eso. ¡Es tan hermoso!...»

Una y otra vez cita en sus escritos las palabras de San Pablo: «Lo que deseo es conocerles a Él, a Cristo, y la participación de sus padecimientos, conformándome a Él en la muerte» (Fil. 3, 10). Esta conformidad es para ella el anonadamiento por el cual el alma se olvida enteramente de sí misma. Para lograrlo es necesario el sufrimiento que destruye nuestro yo y hace que Dios reine en su lugar. El dolor llega a ser entonces una manifestación del «amor excesivo» de Dios y le hace exclamar:

«¡Ah, cuanto ama mi alma el dolor! Él ha venido a ser mi paz y mi sosiego. Ruegue usted a Dios Nuestro Señor que ensanche mi capacidad de sufrimiento.»

Es la misma expresión de San Pablo que se goza en sus padecimientos y suple en su carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo. También Sor Isabel se siente gozosa al pensar que Jesús padece en ella como una prolongación de su Pasión, que se ha convertido en una «humanidad complementaria» que le permite a Él padecer por la gloria del Padre.

LA AYUDA DEL «ANGEL DE LISIEUX»

En el curso de su dolorosa enfermedad, las Hermanas y la Madre Priora elevaban constantes súplicas pidiendo por su curación, Sor Isabel sentía, no obstante, tal ansia de eternidad, que pidió licencia para no secundar estas oraciones y hasta suplicó que dejasen de rezar por su curación. Como sospechase que seguían haciéndolo, buscó ayuda en el «Ángel de Lisieux», en Teresita del Niño Jesús, que como ella había sentido la nostalgia del cielo. Como garantía contra sus temores de sanar, le pidió que le permitiese andar. Fue es-

cuchada con gran satisfacción suya, quedando segura, desde entonces, de que ya no habría de ponerse buena.

LOS PROGRESOS DE LA ENFERMEDAD

Al llegar el mes de octubre, el agotamiento de su pobre cuerpo, reducido a un puro esqueleto, es tal que reclama el esfuerzo del alma para los más mínimos movimientos, sus dedos eran incapaces de torcer el dobladillo del vestido. Sor Isabel sonreía. Llega a sentirse incapaz de gritar. Una gran inflamación interior viene a acrecentar sus sufrimientos: apenas puede pronunciar palabras sino con gran dificultad. Se abrasa interiormente, pero en su rostro se expresa la más pura alegría: «Dios es fuego abrasador» (Deut. 4, 24), dice.

El día de Todos los Santos, creyó la Comunidad que había llegado la hora suprema y se reunió en la enfermería para rezar junto a su enferma. Al darse cuenta Isabel, comenzó a pedir perdón. Luego, atendiendo a un deseo, dejó escapar las palabras siguientes:

«¡Todo pasa! ...A la tarde de la vida sólo queda el amor. Hay que obrar en todo por amor. Hay que olvidarse sin cesar de uno mismo. ¡Ama tanto el Señor al que de sí mismo se olvida!...»

A partir de ese día el ayuno de la enferma fue absoluto. Imposible tragar una sola gota de agua sin experimentar los más vivos dolores. Su boca, como en ascuas desde hacía tres semanas, se iba resecaando más y más cada día. Agravaba su tormento una sed ardiente que las hermanas no podían aliviar. Para Sor Isabel se trataba de una delicadeza infinita de su Señor. «Nada omite de cuanto pueda asociarme a sus dolores...»

Intensos dolores de cabeza hicieron temer una meningitis. Se le aplicaba hielo en la frente, pero

era tal el calor que al instante se derretía. Su cerebro parecía un horno. Los ojos, enrojecidos en sangre estaban constantemente cerrados, no habían de abrirse hasta el momento supremo. Tras una de aquellas crisis exclamó:

«Tú sabes si te amo, Tú sabes si anhelo complacerte. Tú sabes también lo que padezco. A pesar de todo, si aún quieres treinta, cuarenta años, estoy dispuesta. Consume mi sustancia toda por tu gloria. Que se vaya destilando gota a gota por tu Iglesia.»

SUS ULTIMAS PALABRAS

La antevíspera de su muerte recobró sus fuerzas. «Dentro de un par de días —dijo— me encontraré en el seno de “mis Tres”.» Antes de quedar nueva y definitivamente en silencio murmuó con voz dulce: «¡Me voy a la luz, a la vida, al amor!» Estas fueron sus últimas palabras inteligibles.

La noche del 8 al 9 de noviembre la pasó muy mal, a consecuencia de haberse unido la axfisia a los demás padecimientos. Hacia el amanecer fue calmándose la intensidad del dolor y esperó en paz y silencio la venida de su divino Esposo.

La campana del Convento tocaba el Ángelus. La Reina del Carmelo asistía a su amada hija. La enferma, recostada sobre el lado derecho y con la cabeza echada hacia atrás, tenía sus grandes ojos abiertos. Más que en agonía parecía estar en éxtasis. Su rostro tenía una admirable expresión de belleza, como si la enferma contemplase ya los eternos collados.

En esta actitud radiante, sin que fuera dado percibir su último suspiro, dejó de cantar sobre la tierra para seguir haciéndolo en el Paraíso. Era el 9 de noviembre de 1906.

BEATO DOMINGO DEL SANTISIMO SACRAMENTO

IGNACIO M.^a AZCOAGA

1. DATOS BIOGRAFICOS

Domingo de Iturrate Zubero nació en el caserío «Ikuztarte» del barrio de Biteriño de Dima, perteneciente al Señorío de Vizcaya, el día 11 de mayo de 1901 (1). Fue el mayor de once hermanos, el resto de los cuales, cinco niños y cinco niñas, nacieron entre 1902 y 1924. Domingo fue bautizado al día siguiente de su nacimiento, siguiendo la cristiana tradición de la época, en la parroquia de San Pedro, de Dima. Su familia era de intensa vida religiosa y de costumbres íntegras, por lo cual, desde muy pequeño, aprendió a rezar y a los nueve años fue designado monaguillo, oficio que cumplía con verdadera ilusión. Empezó a frecuentar el sacramento de la Penitencia a la edad de 7 años y recibió por primera vez el sacramento de la Eucaristía en la primavera de 1911. El sacramento de la Confirmación lo recibió el 26 de agosto de 1913. Domingo, desde muy niño, se sintió inclinado a la vida religiosa y pensaron en un principio que fuera franciscano, ya que había en la familia algún religioso de esta orden, pero ante la demora para aceptarle, intervino una tía de Domingo, Justa Zubero, y providencialmente le orientó hacia la orden trinitaria, siendo aceptado en ésta con prontitud. Ingresó en el seminario de los trinitarios en Algorta (Vizcaya) el día 30 de septiembre de 1914, a la edad de 13 años.

El noviciado lo realizó en el Monasterio de Nuestra Señora Bien Aparecida, patrona de Cantabria, durante los años 1917-1918, y el 14 de diciembre de este último año efectuó la profesión

religiosa juntamente con otros doce novicios. Según el propio Beato: «El día de mi Profesión simple cesaron los trabajos interiores y recibí el don de la tranquilidad. Desde entonces mi serenidad de ánimo es habitual; la paz y la quietud inalterables.» (2)

El año 1919 fue destinado a Roma para cursar los estudios de Filosofía y Teología. Primero estudió los 3 cursos de filosofía, doctorándose el 3 de julio de 1922 con la calificación de Notable.

En octubre de 1922 y, antes de comenzar a estudiar Teología, hizo unos ejercicios espirituales en los que tomó las resoluciones siguientes y que desde luego dan fe del nivel espiritual con el que abordaba los estudios el Beato, lo que era garantía, por otra parte, de gran fidelidad a la verdad.

«1.^a Procuraré guardar en mis sentidos una gran modestia, especialmente en la vista.

2.^a Convendría pedir cuenta a mí mismo después de cada una de las acciones principales, especialmente, después de la oración mental.

3.^a Todo nuestro deseo debe ser hacer siempre la voluntad de Dios y nunca la nuestra, si queremos santificarnos.

4.^a Nuestra conformidad con la voluntad de Dios debe ser entera, sin reserva y constante. La perfección consiste no en hacer muchas cosas, sino en hacer bien todo lo que se conoce ser del agrado divino.

5.^a En la meditación conviene orar con fervor y diligencia; pero no se debe uno esforzar como quien quiere por la fuerza alcanzar la devoción. La gracia obra suavemente y no con violencia. Debemos esperar que Dios nos la dé cuando y como Él fuere servido; nosotros contentémonos con la dicha de poder estar allí, delante de Dios.

(2) Op cit., p. 98.

(1) El P. Carlos M.^a Zabala, trinitario, ha escrito una preciosa obra sobre el beato que se titula: «Beato Domingo Iturrate. Juventud comprometida», en la que, con gran agudeza, señala los aspectos más sobresalientes de este religioso al que la Iglesia ha concedido el ser llamado Beato el 30 de octubre de 1983. Los datos sobre el Beato Domingo, que aparecen en este artículo, están extraídos de la citada obra en la que el P. Carlos M.^a ha sabido exponernos de una manera clara y directa los elementos más señalados por los que el Padre Domingo Iturrate manifestó que en él la gracia divina había obrado el milagro de la santificación.

6.^a A imitación de San Gabriel de la Dolorosa, durante el estudio procuraré decir varias jaculatorias a Cristo crucificado y a María Santísima, cuyas imágenes procuraré tenerlas siempre ante mis ojos.

7.^a Al acostarme pondré siempre sobre el pecho el crucifijo, como lo hacía San Gabriel, haciéndome cuenta de que muero en aquella cruz al mundo.» (3)

Durante los años 1922 al 1926 hizo los cuatro cursos de teología, obteniendo después del último curso el grado de Doctor.

Teniendo en cuenta que el Beato terminó sus estudios el 26 de julio de 1926 y que, ya enfermo, tuvo que regresar a España para morir el 7 de abril de 1927, se puede decir que la vida de religioso del Beato Domingo es la que corresponde a la primera fase de la vida religiosa, es decir, a la formación; seminario, noviciado, filosofía y teología. Podríamos decir que la Iglesia nos propone de ejemplo al Beato que dio muestras de santidad en su vida religiosa que corresponde toda ella a la fase de estudio y formación.

En el segundo curso de Teología (1923-1924) el Beato fue recibiendo gradualmente las Órdenes Sagradas. El 3 de febrero de 1924 recibió la «Tonsura» en la basílica de Santa María sobre el Monte Minerva; el 15 de marzo del mismo año «Ostiario y Lector» en la basílica de San Juan de Letrán. El 7 de marzo de 1925 fue ordenado subdiácono y el 28 de marzo, en la iglesia del Pontificio Seminario Lateranense, tuvo lugar una solemne ceremonia de ordenaciones de diáconos y celebró su primera misa el 15 de agosto de aquel Año Santo.

Poco antes de terminar sus estudios de teología, el 8 de junio de 1926, comenzó a sentirse enfermo, aquejado de fiebres; tuvo que guardar cama, se levantó para los exámenes que fueron el 26 de julio y después fue enviado a Rocca di Papa para reponerse, pero a mediados de agosto se le descubrió que padecía una tuberculosis en estado avanzado y le enviaron a España el 3 de septiembre de 1926, en primer lugar a Algorta (Vizcaya), donde permaneció hasta noviembre, y de allí partió para Belmonte (Cuenca), donde fue empeorando poco a poco hasta morir, en olor de santidad, el 7 de abril de 1927.

(3) Op. cit., pp. 122-123.

2. FIEL AL MISTERIO DE LA SANTISIMA TRINIDAD

«El día trinitario del Beato comenzaba con una alborada. El hermano compañero le despertaba con un «Bendita sea la Santísima Trinidad» al que contestaba: «Por siempre.» Y terminaba con una alabanza y afirmación de fe en el misterio trinitario, denominada «Benedicta». «Benedicta sea ahora y por todos los siglos, la santa y única Trinidad, que ha creado y gobierna todas las cosas.» (4)

«El Beato comprobó personalmente lo que ya sospechaba con fundamento, «que el misterio de la Santísima Trinidad era poco conocido por el pueblo cristiano». Más todavía, «que era ignorado aun entre los creyentes». De aquí que se lamentara de que «se escribiera tan poco sobre el mismo». Y que, incluso, «los mismos trinitarios no lo propagásemos con mayor intensidad.» (5)

El Beato estaba completamente convencido de que «los trinitarios hemos sido escogidos para traer, encerrar y llevar por el mundo entero este nombre admirable de la Santísima Trinidad, por eso «nosotros, miembros de esa Orden estamos obligados a señalarlos en esta devoción»». (6)

El mismo había dicho:

«En este último año me estoy preparando para predicar sobre la Santísima Trinidad de la que muy poco sabe el pueblo.»

«En 1926 escribió: «El hombre ya desde el bautismo se consagra a la Santísima Trinidad. Bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, según el uso de la Escritura, significa consagrar al culto y servicio de Aquél en cuyo nombre se bautiza. El hombre, regenerado por las aguas vivificantes del Bautismo, es elevado al orden sobrenatural y admitido a una sociedad amistosa con el Dios Trino, al cual promete un perpetuo culto.» (8)

3. EL SANTISIMO SACRAMENTO

«Todos los testimonios coinciden. El Beato tuvo una grande devoción a la Eucaristía; una devoción particular, y hasta especialísima y extraordinaria, no solamente por la calidad e intensidad con la que la vivió, sino también por su constancia y el ritmo cada día más creciente en la misma.

«Era tan grande su fe en la presencia real, sustancial y verdadera de Cristo en la Eucaristía, que estaba ante ella «a la manera que están los ángeles ante Dios en el cielo.» (9)

«Este amor por el esplendor del culto eucarístico, subía de grado a la hora de preparar el altar para la exposición de las Cuarenta Horas, y sobre todo, al colocar el «Monumento» el día de Jueves Santo. «Gozaba viéndolo bien adornado, tal y como él había procurado que estuviera en nuestra iglesia, confor-

(4) Op. cit., p. 187.

(5) Op. cit., p. 191.

(6) Op. cit., pp. 192-193.

(7) Op. cit., p. 193.

(8) Op. cit., p. 183.

(9) Op. cit., p. 209.

me a las normas del Cardenal Vicario. Igualmente, le dolía que en algunas iglesias estuviera poco preparado por falta de medios o por otras causas.» (10)

«Un seminarista vasco testimonió que el hecho de visitar el Santísimo “era bastante familiar entre los alumnos de la Universidad; pero el Beato se distinguía por prolongarla hasta el preciso momento de entrar en clase. Y, sobre todo, por su actitud y recogimiento.”» (11)

4. SU DEVOCION AL CORAZON DE JESUS

«Un testigo aportó este dato: “Hablaban muchas veces de San Gabriel de la Dolorosa, de Santa Teresita y Santa Margarita Alacoque, por haber difundido la devoción al Sagrado Corazón, característica también del Beato, como lo demostró, entre otras muchas cosas, en el gusto con que se ofreció a hacer de turiferario en las funciones de los Primeros Viernes.”» (12)

En otros testimonios sobre su devoción al Corazón de Jesús se halla una carta dirigida a su padre el 12 de enero de 1923 en la que dice:

«Me alegré mucho de lo que hicieron el día de Urte-berri (año nuevo). El Corazón de Jesús, en cuyo honor celebraron la fiesta, no dejará de recompensarles céntuplo. Este Corazón deífico ha prometido toda suerte de bienes a sus devotos, especialmente a las familias que se consagren a Él. ¡Qué bueno y qué propicio se mostraría Jesús con la familias, si hicieran la entronización de su Corazón en las casas, poniendo bajo su protección todo lo que tienen, como hacen en otras partes! Espero que llegará el feliz día en que se comience a hacer eso, y el Corazón de Jesús comience a reinar en las familias.» (13)

Otros textos del Beato acerca de la devoción al Corazón de Jesús, entresacados de sus escritos:

«Propongo, Dios mío, oír en adelante la voz de tu amable Corazón. Háblame, Dios mío, que quiero oírte.»

«Cuando entro, Jesús, dentro de vuestro Corazón santísimo, oh, qué ardor se enciende en mi corazón para imitarte.»

«Cuánto habrá sufrido vuestro amorosísimo Corazón al preveer que tantas veces los hombres habían de atar vuestras manos con sus pecados. Propongo consolar vuestro amoroso Corazón, siguiendo en todo vuestras divinas inspiraciones. Me ofrezco como víctima por los muchos ultrajes que hacen a vuestro amorosísimo Corazón.»

«Yo me ofrezco a Vos como víctima por tantos pecados que martirizan vuestro Corazón.»

«Entra a contemplar a aquel divino Corazón, y mira la llama de amor divino que anima tanta pobreza y humillación, y que con tanta generosidad se sacrifica por tí.» (14)

5. LA DEVOCION A LA VIRGEN

«Marta, la madre del Beato, nos cuenta que su hijo “desde muy chiquitín, como a los cinco años, aprendió a rezar el Ave María. Al sonar las horas acostumbradas rezarla en voz alta en compañía de los que estaban por casa. Si por mis ocupaciones no me daba cuenta de hacerlo, Domingo me lo recordaba.”» (15)

«Por las “Resoluciones y propósitos”, 1922, sabemos que, durante el estudio, procuraba decir jaculatorias a la Virgen, cuya imagen tenía ante sus ojos. Al toque del “Angelus”, allí donde estuviera, se postaba de rodillas, dirigiendo el rostro hacia la iglesia, y lo rezaba con gran devoción. La Encarnación fue uno de los misterios más entrañables de su devoción a Cristo, y el “Ave María”, una de las plegarias que rezaba con mayor amor.» (16)

«Rezó el rosario diariamente.» (17)

«El Beato, antes de 1924, conoció por referencias la doctrina de San Luis María Grignon de Monfort. De hecho, practicaba ya el método descrito en el tratado de “La verdadera devoción a la Santísima Virgen”. Entre los propósitos de 1921, se pueden leer los siguientes: “Confiado en Dios y en la protección de mi querida Madre, y desconfiando enteramente de mí mismo, propongo:

—‘No he de excusarme, cuando me imputen alguna cosa, sea verdadera o falsa; ofreceré esto a Dios en unión de Jesús y María.’

—‘Todo por Jesús y María; nada por mí. Todo a Jesús y a María; nada a mí. Todo de Jesús y de María; nada de mí.’

—‘Todo cuanto haga, procuraré hacer por María, para María y con María, para que de esta manera haga todo por, para y con Jesús.’» (18)

«Pero el gran hallazgo de lo que hacía tiempo buscaba tuvo lugar en Gorga (provincia de Roma), durante el veraneo de 1924. En estas vacaciones “cayó en sus manos providencialmente el libro del Beato Luis María Grignon de Montmort, que lo leyó trasportado de gozo.”» (19)

«Entre los “afectos y resoluciones, 1924”, completamente decidido, escribió:

“Yo me he consagrado enteramente a Jesús por María; por consiguiente, de aquí en adelante, me consideraré como una cosa suya, de suerte que cualquier cosa que me suceda, sea próspera o adversa, según o contra mi voluntad, diré: Soy de Jesús y de María, por consiguiente, que hagan de mí lo que más le agrade. De este medio me valdré también, cuando por alguna cosa me alabaren, gozándome no en aquello, sino en mi Dios.”» (20)

«Quien sirve a la Virgen está tan seguro del Paraíso, como si en él estuviera», escribió el beato. (21)

(15) Op. cit., p. 240.

(16) Op. cit., p. 241.

(17) Op. cit., p. 238.

(18) Op. cit., p. 247.

(19) Op. cit., 248.

(20) Op. cit., p. 249.

(21) Op. cit., p. 251.

(10) Op. cit., p. 210.

(11) Op. cit., p. 215.

(12) Op. cit., p. 233.

(13) Op. cit., p. 233.

(14) Op. cit., pp. 233-234.

6. AMOR A LA IGLESIA Y AL PAPA

«El Beato agradeció el haber nacido dentro de la Iglesia. Se alegró cuando los superiores le destinaron a Roma. Allí estaba cerca del Vicario de Cristo. El haber tenido la suerte de vivir un Año Santo en Roma (1925), lo consideró como grande gracia.» (22)

«La estancia en Roma acrecentó el amor que el Beato profesó al Santo Padre. Siempre que le fue posible acudió al Vaticano, a los actos y audiencias papales. Esta veneración por el Papa la hizo también extensiva a todos los Prelados de la Iglesia.» (23)

«A este amor a la Iglesia correspondió una obediencia reverente y obsequiosa. El Beato estimó y cuidó escrupulosamente todas las normas y decretos relacionados con la Liturgia. "Siendo ya monaguillo las observaba con exactitud. Antes de la primera misa estudió también, con todo detalle, todas las ceremonias."» (24)

«Como veneraba las decisiones emanadas de la Santa Sede», se las ingeniaba para conocerlas a fondo. Uno de los temas de las conversaciones en los recreos solían ser los nuevos Decretos Pontificios. Algunas de las Encíclicas, incluso, "las tenía recogidas y rústicamente encuadradas por él mismo".» (25)

7. FORMACION TEOLOGICA

«El Beato saboreaba la teología. "Amaba los estudios teológicos". Este amor arrancaba de la Sagrada Escritura, a la que tuvo no solamente "estima", sino "gran amor", y hasta "veneración". He aquí una de sus resoluciones: "Cuando lea el evangelio, lo haré con grande respeto y procuraré tener una grande fe en lo que enseña." Sus condiscípulos advirtieron cómo diariamente, en el tiempo destinado a la lectura espiritual, el Beato leía la Biblia. "Era su lectura preferida." También la leía privadamente. "Nos encarecía que, al menos, leyéramos diariamente algunos versículos, especialmente de las Epístolas de San Pablo." "Fue habitual en él el tomar notas y apuntes, en especial de los Salmos, a fin de recitarlos después con más devoción y provecho espiritual."» (26)

«Estimó a los Santos Padres. "Disfrutaba, especialmente, con los tratados de San Agustín sobre la Trinidad. Se lamentaba a la vez de no poder disponer de más tiempo para dedicarlo a su lectura."» (27)

«En formación teológica tuvo siempre muy presente el "Denzinger" (colección de definiciones conciliares, decretos, resoluciones, etc.). En la biblioteca de San Carlos solamente había un ejemplar cuando el Beato llegó a Roma. Por eso, sugirió al P. Maestro la conveniencia de contar con más ejemplares, como así se hizo.» (28)

«Finalmente, mostró mucha diligencia en conocer los Decretos Pontificios. Los estudiaba a fondo, y los respetaba reventemente.» (29)

«Ciertamente, el Beato no se apartó ni un tanto así de la doctrina sobre la revelación de los misterios de la fe... definidos por los Concilios y explicada por la teología.» (30)

8. BEATIFICACION

La beatificación tuvo lugar el día treinta de octubre de 1983, juntamente con los Siervos de Dios Santiago Cusmano y Jeremías de Valacchia, siendo el texto de la proclamación por S. S. Juan Pablo II, el siguiente:

«NOS, acogiendo el deseo de nuestros hermanos Salvatore Uappalardo, Arzobispo de Palermo; Luis de Larrea y Lagarreta, Obispo de Bilbao, y Corrado Ursi, Arzobispo de Nápoles, así como de otros muchos hermanos en el Episcopado, y de numerosos fieles cristianos, después de haber escuchado el parecer de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, con nuestra Autoridad Apostólica, concedemos que los venerables siervos de Dios Santiago Cusmano, Domingo del Santísimo Sacramento y Jeremías de Valacchia, de ahora en adelante sean llamados BEATOS y que su fiesta pueda celebrarse todos los años en los lugares y del modo establecido por el derecho, el día de su tránsito para el cielo: el Beato Santiago Cusmano, el 14 de marzo; el Beato Domingo del Santísimo Sacramento, el 7 de abril, y el Beato Jeremías de Valacchia, el 5 de marzo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» (31)

Finalmente, para terminar, voy a extraer algunas frases de la homilía que pronunció el Papa Juan Pablo II, en la Misa de la beatificación.

«La segunda figura eclesial elevada hoy a los altares, el religioso trinitario Domingo Iturrate Zubero, nace en tierras de España, en el País Vasco. Su breve existencia, de apenas 26 años, contiene un rico mensaje que se concreta en la tensión constante hacia la santidad. En ese camino

(22) Op. cit., p. 332.

(23) Op. cit., pp. 332-333.

(24) Op. cit., p. 333.

(25) Op. cit., p. 333.

(26) Op. cit., p. 126.

(27) Op. cit., p. 127.

(28) Op. cit., p. 333.

(29) Op. cit., p. 127.

(30) Op. cit., p. 178.

(31) Op. cit., p. 456.

hay algunas características peculiares que deseo reseñar en síntesis.»

«El cumplimiento fiel de la voluntad de Dios es una meta que alcanza cotas muy altas, sobre todo en los últimos años de su vida.» (32)

«Como religioso trinitario, procuró vivir según los dos grandes ejes de la espiritualidad de su Orden: el misterio de la Santísima Trinidad y la obra de la redención, que en él se hacía vivencia de intensa caridad. Y en cuanto sacerdote, tuvo una clara idea de su identidad como mediador entre Dios y los hombres o representante del Sacerdote Eterno, Cristo. Todo lo cual le llevaba a vivir cada Eucaristía como un acto de personal inmolación, unido a la Suprema Víctima, en favor de los hombres.»

«No menos notable fue la presencia de María en la trayectoria espiritual del nuevo Beato. Desde

la infancia hasta la muerte. Una devoción que vivió con gran intensidad y que procuró inculcar siempre en los demás, convencido como estaba de cuán bueno y seguro es ese camino: ir al Hijo por medio de la Madre.»

«Estos solos trazos nos ponen delante la fuerza de un modelo y ejemplo válidos para hoy. Con su testimonio de fidelidad a la llamada interior y de respuesta generosa a la misma, el P. Domingo muestra a nuestros días un sendero a seguir: el de una fidelidad eclesial que plasma la identidad interior y que conduce a la santidad.»

«A los cristianos del pueblo vasco quiero exhortaros en su propio idioma: jerrai dezaten Beato berriaren Kristogana'ko zintzotasun ikasbidea. (Seguid fielmente al nuevo Beato por el camino de la escuela de Cristo).» (33)

(32) Op. cit., pp. 457-458.

(33) Op. cit., p. 458.

SOBRE VUESTRA VIDA SOCIAL, VUELVE A MI MENTE LO QUE OS DIJE DESDE EL NOU CAMP DE BARCELONA: «VIVID VOSOTROS E INFUNDIR EN LAS REALIDADES TEMPORALES LA SAVIA DE LA FE DE CRISTO». «DEMOSTRAD ESE ESPIRITU EN LA ATENCION PRESTADA A LOS PROBLEMAS CRUCIALES. EN EL AMBITO DE LA FAMILIA, VIVIENDO Y DEFENDIENDO LA INDISOLUBILIDAD Y LOS DEMAS VALORES DEL MATRIMONIO; PROMOVRIENDO EL RESPETO A TODA VIDA DESDE EL MOMENTO DE LA CONCEPCION. EN EL MUNDO DE LA CULTURA, DE LA EDUCACION Y DE LA ENSEÑANZA, ELIGIENDO PARA VUESTROS HIJOS UNA ENSEÑANZA EN LA QUE ESTE PRESENTE EL PAN DE LA FE CRISTIANA» (7 de noviembre de 1982). OJALA TENGA ASI PLENA EFECTIVIDAD EN VUESTRO PAIS EL DERECHO DE LOS PADRES A ELEGIR EL TIPO DE EDUCACION QUE PREFIEREN PARA SUS HIJOS.

Juan Pablo II, Zaragoza, 10 de octubre de 1984

Fundamentos de la teología del Sagrado Corazón (II)*

PHILIPPE JOBERT

Cuando el Hijo se encarna, subsiste en su naturaleza humana. Y en consecuencia nosotros subsistimos, en esta misma naturaleza humana, según seamos personal y virtualmente contenidos en él. Por esto moriremos y resucitaremos virtualmente en él. Porque también él es apto para substituirnos, para soportar la pena de nuestros pecados. El principio de la satisfacción vicaria reside en este contenido de todos los pecadores de todos los tiempos en la Persona encarnada del Hijo, que es la causa primera de su ser y de sus actos. De igual modo el principio del mérito universal de Cristo se refiere a este contenido de todos los hombres en el acto de caridad por el cual el Cristo se ofrece en sacrificio.

Hace un siglo, en la época de la preparación del Concilio Vaticano I, existía un proyecto de definición de la satisfacción vicaria. Esto demuestra que los fieles de la Iglesia creían unánimemente sobre este punto. Hoy día la situación es exactamente inversa. Los teólogos no cesan de denigrar la satisfacción vicaria. Y San Anselmo, Doctor de la Iglesia, que fue su teórico, es desaprobado por todos. A decir de estos teólogos habría reducido la Redención a una noción jurídica; una especie de comercio entre Dios y Cristo; el precio exigido por Dios, es decir, la sangre de Cristo, sería un objeto de satisfacción por Dios que encontraría así placer en la muerte de un inocente en lugar de los culpables.

Ya hemos visto como el contenido virtual en Cristo de todos los hombres, hacen de él su sustituto real: no se trata de una sustitución jurídica: todos estamos realmente recapitulados en él. Por otra parte la noción bíblica de Redención, puesto que es divina, no debe ser tratada con aspecto unívoco, como si se tratase de justicia humana penal cumplida por el pago de un rescate;

esto es más que una metáfora, es la realidad del misterio de la misericordiosa justicia divina expresada analógicamente.

La misericordia consiste en tomar sobre sí, efectiva y realmente la miseria de otro, y su pena. Así: la desobediencia al amor divino gratuito (Rom. V, 12), que constituye el pecado original, y todos los pecados que de él resulten, es anulado por la obediencia al amor divino, ofrecido a Dios por Cristo inocente y por todos los hombres contenido en él. Por otra parte, de la independencia adquirida por el pecado resulta naturalmente la muerte. En efecto, la permanencia de la vida resulta de la dependencia de la gracia divina ante el pecado. Es el hombre que, por su propio pecado, se inflige la pena de muerte, rechazando que su naturaleza dependa de la gracia. La muerte es el precio del pecado, pues la privación está necesariamente vinculada al pecado. El amor divino gratuito, que da al hombre por la gracia la vida permanente, queda inmutable. Dios no retira sus dones; pero el hombre que ha sustraído irreversiblemente su naturaleza a la gracia, permanece sometido a Dios, Causa primera de su naturaleza corruptible, es decir, a la justicia divina, que se ejerce en ella dejándola en su corruptibilidad. La naturaleza humana es entonces privada de la gracia, y no puede recobrarla. Unido a Dios por la gracia, el hombre era totalmente dueño de su naturaleza; después del pecado, no tiene poder sobre su naturaleza corporal, y mientras puede someter su libre albedrío a la gracia, que le es siempre ofrecida, no puede no someterle su cuerpo. Permanece así fijo en su estado de muerte que resulta de su independencia. Se ha condenado a sí mismo haciéndose ministro de la pena de su pecado, instrumento del amor divino, que le ha hecho a él mismo justificiero, sin que Dios cambie.

Todo este análisis teológico puede expresarse también adecuadamente en términos jurídicos,

* Artículo publicado en la *Revue Thomiste*, 1976 n.º 4.

como lo hizo San Anselmo, refiriendo a la justicia de Dios el estado del hombre pecador. Antes del pecado, el hombre pertenecía a Dios y a sí mismo. Por el pecado ha querido poseerse exclusivamente, ha robado pues algo a Dios «le ha quitado» todo lo que Dios se había propuesto hacer de la naturaleza humana. Como el hombre debe todo lo que es a Dios, no puede ofrecerle indemnización por lo que le ha quitado, sino que queda privado de lo que se apropió. «La gloria de Dios es la vida del hombre», había ya dicho San Ireneo. El hombre ha privado a Dios de su gloria, de ahí la sentencia de muerte y la imposibilidad de una satisfacción. El lenguaje jurídico es básico sobre la noción teológica de correlación entre el Creador y la criatura: la criatura depende realmente del Creador, mas recíprocamente esta dependencia no modifica en nada al Creador mismo. Ofensa a Dios, satisfacción a Dios, no expresan ni pérdida ni compensación en Dios mismo, sino solamente en la dependencia de la criatura respecto del Creador. Igualmente, honor de Dios, gloria de Dios, derecho de Dios, son simplemente términos correlativos de la dependencia de la criatura respecto a Dios. No hay nada indigno de Dios en este lenguaje, que es el del Antiguo y Nuevo Testamento, no hay ningún motivo válido para rechazarlo, porque expresa la realidad.

El amor divino gratuito, que continúa amando a los hombres a pesar de su falta, ha querido salvarle de la muerte. Inclina al Hijo a asumir la condición humana en su estado de muerte y a resucitarla en él. Al asumir el sufrimiento y la muerte, realiza en sí mismo la plenitud de su justicia divina, puesto que él contiene en él a todos los hombres; así todos sufren y mueren en él, subsistiendo en él la pena de sus pecados, cumpliendo en sí mismo la última voluntad de su independencia. Esta consecuencia era necesaria y contingente: era una servidumbre. Así al sufrirla voluntariamente, en todos los hombres la sufren en él. Cristo les libera de esta servidumbre. Pues, el pecado y el demonio han sido las causas segundas de esta servidumbre en la que la justicia de Dios es la Causa primera: es en este sentido que los Padres han podido presentar la muerte de Cristo como un rescate pagado al demonio. San Anselmo critica la teoría de los derechos del demonio con razón, pero no le niega el papel del demonio como causa segunda de muerte, puesto que Cristo mismo la afirma (In. XIV, 30; Luc. XXII, 52).

La muerte de Cristo es una privación: es un precio pagado; como pago de este precio a Dios, por Cristo y los hombres contenidos en él, les libera de la servidumbre de la muerte, del pecado y del demonio; este precio es un rescate. La justicia de Dios es infinitamente satisfecha ya que la vida de Cristo es un bien divino, más amado de Dios que la gloria de que el pecado del hombre la había privado. Inversamente, Cristo al ser privado de la vida, la justicia divina le resucita: el orden del amor divino gratuito es así restablecido. ¿No es en este cumplimiento de la justicia de amor que pensaba Cristo cuando se hizo bautizar por Juan en previsión de su Pasión: *Así es como él nos invita a cumplir toda justicia* (Mt. III, 15) en el momento que expiró: *Todo se ha cumplido* (Ih. XIX, 30).

El se huilló más todavía obedeciendo hasta la muerte y a la muerte sobre una cruz (Phil. XIX, 9). La Resurrección que es justicia para Cristo, es también principio de gracia para los hombres virtualmente resucitados en él. Por la Resurrección toda la naturaleza humana está sometida a la gloria de Cristo. Espiritualmente desde el principio: El bautismo realiza actualmente en cada cristiano, según la gracia, la muerte del pecado y la resurrección a la vida divina ya cumplida en Cristo que le contenía. *Enterrados con él desde el bautismo, vosotros sois también resucitados con él* (Col. II, 12). Cada cristiano, en seguida actualiza en su vida cristiana lo que no era todavía más que virtual para él por la Pasión de Cristo. *Yo completo en mi carne lo que falta a las pruebas de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia* (Col. I, 24). Esto que falta, es únicamente la aplicación a cada uno del misterio pascual; y esta aplicación se acaba por la muerte en la gracia, preludio de la resurrección gloriosa al fin de los tiempos. El misterio de la Redención será entonces acabado.

Así el misterio de la Redención es una expresión histórica de la Realidad divina: sus elementos son reales, humanos y divinos. La satisfacción vicaria no es una ficción jurídica, una manera de hablar de Cristo crucificado. Es un hecho que Cristo crucificado contiene realmente y virtualmente a todos los hombres pecadores; y que él satisface realmente, en razón de este contenido, la deuda de sus pecados respecto a la justicia divina por su muerte. Expresar la muerte como una deuda, la muerte de Cristo como el pago de un rescate, la restauración del orden de los hombres respecto a Dios como justicia, es perfectamente

legítimo, desde el momento que se consideran estas realidades humanas en relación a la justicia divina, es decir, a Dios como principio primero y fin último de sus actos humanos. Este lenguaje jurídico de la Redención ha sido empleado por los escritores sagrados del Antiguo Testamento, después por Jesús y San Pablo, porque es inteligible a todos, aún los más sencillos, y porque significa verdaderamente la obra de salvación que Dios ha obrado: la Redención no es una metáfora. San Anselmo no ha rechazado este lenguaje bíblico, y ha intentado escrutar su contenido, lo que es necesario a todo teólogo. Fue un precursor: En su época la utilización de la «dialéctica» para explicar las verdades de la fe estaban aún en sus ensayos: los razonamientos teológicos, y en particular el manejo de la analogía, no habían todavía adquirido el vigor y la precisión que serán patrimonio de la escolástica del siglo XIII. No es preciso pues asombrarse de ver a San Anselmo aplicar a la Redención una noción demasiado unívoca de justicia conmutativa. Lo que le condujo a la conclusión de una necesidad racional de la satisfacción vicaria; y en consecuencia a minimizar la absoluta libertad de la iniciativa divina de salvación, la gratuidad de la misericordia de Dios y su poder omnipotente, ilimitado, que podía salvar los hombres de otro modo. No es preciso sin embargo rechazar la doctrina anselmiana de la satisfacción vicaria bajo el pretexto de la imperfección formal de su razonamiento. Santo Tomás de Aquino no ha cometido este error: ha adoptado el conjunto de las vías propuestas por San Anselmo en el *Cur Deus homo*. Durante siete siglos esta teología de la Redención ha sido el bien común de toda la Iglesia. Sería paradójico que la valoración contemporánea del misterio pascual condujese a rechazar y poner en la sombra este auténtico desarrollo del dogma. No se puede disimular por otra parte que el desprecio en que hoy día es tenida comúnmente la doctrina anselmiana de la satisfacción vicaria rebota sobre la Revolución que es la fuente, y mutila el misterio pascual en un elemento esencial.

En efecto, la Pasión de Cristo no es solamente un sacrificio, es también un rescate en tanto

que su sangre es el precio del pecado de los hombres. Es la unión indisoluble de estos dos elementos, el voluntario y el impuesto, el amor y la pena, que constituye la integridad del Misterio pascual. La muerte de Cristo no es solamente el signo de su caridad, es el contenido de lo que él da por amor. Y Dios quiere de tal modo este contenido, que es el Cuerpo y la sangre de Cristo, que ha perpetuado en la eucaristía su presencia entre los hombres. ¿No ha llegado el momento de reaccionar contra una minimización del dogma de la Redención? Basta para ello seguir a Santo Tomás tributando a San Anselmo su gloria de Doctor de la Redención.

CONCLUSION: EL REINO DEL CORAZON DE CRISTO

Cristo reina sobre todos los hombres por su Corazón, pues en virtud de su amor gratuito, les contiene a todos en sí mismo como criaturas y como rescatados, a título de Causa primera de su ser y de su salvación. Este reino es una virtualidad, un derecho de nacimiento y un derecho adquirido, que se actualiza por la sumisión de cada hombre al amor divino y humano de Cristo. El amor divino y humano de Cristo por los hombres, que se llama Corazón de Cristo, se llama también caridad. Pues la caridad es una amistad nos dice Santo Tomás y, según Aristóteles, la amistad se funda sobre la comunicación de bienes entre amigos. La caridad de Cristo por los hombres y en retorno la caridad de los hombres hacia Cristo, se funda sobre la comunicación de los bienes de salvación. Estos bienes son: la creación para la vida eterna y la Redención; ellos son los fundamentos de la relación mutua de caridad entre Cristo y los hombres, los fundamentos de la teología del Corazón de Cristo. Profundizar esta doctrina expuesta por San Pablo en la *Epistola a los efesios* no tiene otro fin que el de animar a consagrarse al Sagrado Corazón, como lo pide León XIII, al ruego de la Bienaventurada María Droste de Vischering, para participar en la Redención.

LA MÍSTICA COMO POEMA

SOBRE UNA OBRA PÓSTUMA DEL PADRE ROIG GIRONELLA, S. I.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL

El padre Roig Gironella, S. J., a quien tan dolorosamente, tan recientemente, hemos perdido, demostró su amor a la Poesía, hasta el último tramo de su existencia. Siempre le preocupó el hecho poético. En la Poesía —en la noble y espiritual, se entiende— hallaba un parentesco con la mística. El poeta, como el místico, da un salto a un universo trascendente.

No me extraña así que su último libro, *Una mujer del pueblo, El libro con la gota de sangre* (1), incida de alguna manera difícil de determinar en la creación y recreación poética.

No, no vaya a creer usted que el Padre Roig Gironella pretendiera crear una obra —lírica o narrativa, no importa—. La Poesía sale fluidamente sin que él lo quiera, por los descosidos del libro, por la fábrica del tema. Hay —es ya vulgar repetirlo— prosa escrita en verso, como hay poesía escrita en prosa. Si hablo de poesía en el libro «Una mujer...», es porque su temática alcanza rayos de luminosidad que en manos de un poeta sigue el vuelo cimero de las alondras por el aire azul.

¿Qué me dirá usted si le digo que el P. Roig recoge de su dirigida una visión del Cielo? ¿No es esto auténticamente poético? ¿No nos hallamos ante la mística que es belleza y la belleza que es canto de sol y claridad?

Pero no nos precipitemos, porque al que suscribe le agrada demasiado adelantar los hechos antes de haberlos desgranado y medido escrupulosamente. No soy teólogo ni tengo autoridad alguna en materia de doctrina. De la veracidad de los hechos juzgarán personas más competentes. A mí sólo me cumple decir de este libro, que más por el contenido que por la forma ofrece auténticos valores literarios.

Con la imaginación me situé en seguida en el siglo XIII. La experiencia de la «mujer del pueblo» recuerda aquella de Santa Oria, relatada por Gonzalo de Berceo, guardando siempre las distancias entre un poeta profesional y un sacerdote filósofo que recibe las confidencias de su dirigida escritas en una libreta por obediencia.

«La mujer del pueblo» entregó su alma a Dios el 30 de agosto de 1978. En una fecha ya lejana estando muy enferma, vio desde la cama una silla, encima de ella un libro con una gota de sangre. «Escribe un libro», le dijo una voz. El libro, nos aclara el P. Roig, es el libro de su vida, y la gota de sangre simboliza el sufrimiento que tendrá que aceptar, como quien toma un puñado de brasas y las aprieta contra su pecho.

«La mujer del pueblo» empezó a abrir su alma a Dios a los cuatro años. Y conviene paladear el diálogo que tuvo con su madre, por ofrecer una delicada ternura y sencillez. Su madre se ha arrodillado delante de una imagen del Sagrado Corazón que tienen en casa. La niña pregunta a su madre qué hace. Ésta le explica que Aquél es Jesús, que sufrió mucho por culpa de los pecados. La pequeña empieza a intrigarse. Se arrodilla al lado de su madre. Reza.

El día de su Primera Comunión, «la mujer del pueblo» siente dentro del alma una de las llamadas «locuciones» internas. Y de sus comuniones nos dice: «Cuando entraba Jesucristo en mi corazón, oía la voz de Jesús» (sic). Al terminar la guerra de España, durante la cual no había podido acercarse a los Sacramentos, fue a confesar y comulgar a Sant Justo y Pastor, y oyó la voz de Jesucristo que le decía: «—¡Oh, qué alegría tengo de entrar en tu corazón! No sabes la alegría que tengo! ¡Alégrate, alma!»

A los veinte años, sintió una llamada que la invitaba a entrar en Religión. Y el Señor le dijo, en la Comunión: «No hay cosa tan hermosa en este valle de lágrimas como el alma que sirve puramente a Dios: ni la contemplación de la pradera esmaltada de hermosas flores, ni piedras preciosas y de gran valor, pueden parangonarse con la hermosura del alma. Soy Autor de toda paz y felicidad, reino en el centro del alma y desde allí, como rey desde su trono, dirijo potencias y sentidos. No es verdad, hija mía, que puede darse en este mundo tanta dicha.»

Pero su padre, a pesar de ser un fervoroso católico, se opone a su entrada en un convento. Ella cae enferma del disgusto. Más tarde, no sabemos si empujada por la familia, contrae matrimonio y es madre de tres hijos. Cargada de achaques, con mal de Pott y una pierna más corta que la otra, es introducida en la piscina de Lourdes, donde la Virgen le concede una maravillosa curación.

«La mujer del pueblo» recibe repetidas apariciones de la Virgen. «La Virgen María —nos dice— es morena clara, muy fina; los ojos grandes, misericordiosos; negros y dulces, pero tristes. La cara no es ni larga ni redonda, pero es hermosísima; nada hay en la tierra como Ella, de hermo-

sur; llena de dulzura, de bondad de celestial pureza inmaculada, de virginal amor.» «Si pudiera ir al Cielo, en un rincón, y ver la Sonrisa de la Santísima Virgen, sería feliz eternamente.»

La loanza de Nuestra Señora alcanza grados de verdadera calidad poética: «Porque Ella es una estrella, la más bella, la más divina. Porque es una guirnalda del Cielo, florecida. Porque es celestial perfume de candor. Porque es la Reina y emperatriz de cielo y tierra, y Madre de Dios y Madre nuestra, llena de amor por los pecadores. Sus celestiales manos acarician los mortales y suavizan todo mal.»

Pero lo más sabroso de la obra es el viaje al cielo del alma de «la mujer del pueblo». Un ciclo donde halla a su madre, a una hija que perdió, y ve a los santos y las Vírgenes, con túnicas blancas, volando por delante del trono de la Santísima Trinidad.

He dicho que a mí no me cumplía dar opinión ascensión al cielo con la visión de Santa Oria y nes teológicas. Pero sí comparar este tema de la señalar sus notables valores poéticos.

(1) Juan Roig Gironella, S.J.: *Una mujer del pueblo. El libro con la gota de sangre*. Editorial Balmes, 1982.

EL PROXIMO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO Y DE LA PRIMERA EVANGELIZACION NOS CONVOCA A UNA NUEVA EVANGELIZACION DE AMERICA LATINA, QUE DESPLIEGA CON MAS VIGOR —COMO LA DE LOS ORIGENES— «UN POTENCIAL DE SANTIDAD, UN GRAN IMPULSO MISIONERO, UNA VASTA CREATIVIDAD CATEQUISTICA, UNA MANIFESTACION FECUNDA DE COLEGIALIDAD Y COMUNION, UN COMBATE EVANGELICO DE DIGNIFICACION DEL HOMBRE», PARA GENERAR, DESDE EL SENO DE AMERICA LATINA, UN GRAN FUTURO DE ESPERANZA.

ESTE TIENE UN NOMBRE: «LA CIVILIZACION DEL AMOR».

Juan Pablo II, Santo Domingo, 12 de octubre de 1984

XLº ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE CRISTIANDAD

ACTOS CONMEMORATIVOS

1 de diciembre de 1984

CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA EN LA CAPILLA DE LA FUNDACIÓN BALMESIANA

a las 13 horas

★

Almuerzo

en el Hotel Colón

a las 14,30 horas

ACTO

EN EL SALÓN DE ACTOS DE LA FUNDACIÓN BALMESIANA

a las 17,30 horas

Hablarán:

Pedro Basil Sanmartí, Presidente de Schola Cordis Iesu
«Evocando la fundación de Cristiandad»

★

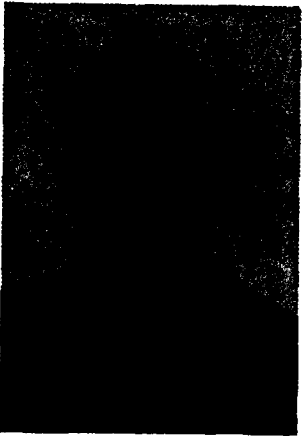
Juan Vallet de Goytisolo: De la Real Academia de Jurisprudencia
y Legislación: «Al servicio de la esperanza: Sentir con la Iglesia»

★

Jesús García López: Catedrático de la Universidad de Murcia:
«Verdad racional y orden natural en el Reino de Cristo»

★

Francisco Canals Vidal: Catedrático de la Universidad
de Barcelona: «Para sobrenaturalizarlo todo: entrega al Amor
misericordioso del Corazón del Corazón de Jesús»



RAMÓN ORLANDIS DESPUIG, S. I.
(1873-1958)

de los fundadores de Cristiandad
Maestro e inspirador

UNIDOS EN EL ROSARIO CON MARIA PARA LA SALVACION DEL MUNDO

El mes de octubre, que comienza mañana, está dedicado al Rosario.

Quiero recomendaros el rezo de esta plegaria, trayendo a vuestra memoria algunas palabras de mi venerado predecesor, el Papa Pablo VI, sobre el Rosario, en la Exhortación Apostólica «*Marialis cultus*».

«Oración evangélica, centrada en el misterio de la Encarnación redentora, el Rosario es, pues, oración de orientación profundamente cristológica. En efecto, su elemento más característico —la repetición litánica del “Dios te salve, María”— se convierte también en alabanza constante a Cristo, término último de la anunciación del Ángel y del saludo de la madre del Bautista: “Bendito el fruto de tu vientre” (*Lc. 1, 42*). Diremos más: la repetición del *Avemaría* constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios: el Jesús que toda *Avemaría* recuerda, es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen, nacido en una gruta de Belén; presentado por la Madre en el templo; joven lleno de celo por las cosas de su Padre; Redentor agonizante en el huerto; cargado con la cruz y agonizante en el Calvario; resucitado de la muerte y ascendido a la gloria del Padre para derramar el don del Espíritu Santo» (*Marialis cultus*, 46).

Que el mes de octubre nos una a la Reina del Santo Rosario en esta bendita oración. Que «se difunda» en este mes el Rosario. María quiere pedir juntamente con nosotros la salvación para los hombres y para el mundo amenazado.

Juan Pablo II. Meditación dominical en el encuentro mariano del 30 de septiembre de 1984.

CRISTIANDAD

LAURIA, 19, 2.º, 1.ª
TELEFONO 317 47 33
BARCELONA - 10

Suscripción anual para España	1.500 pesetas
Suscripción extranjero	15 dólares
Precio del número suelto	300 pesetas